

ILUSTRACION ARTISTICA

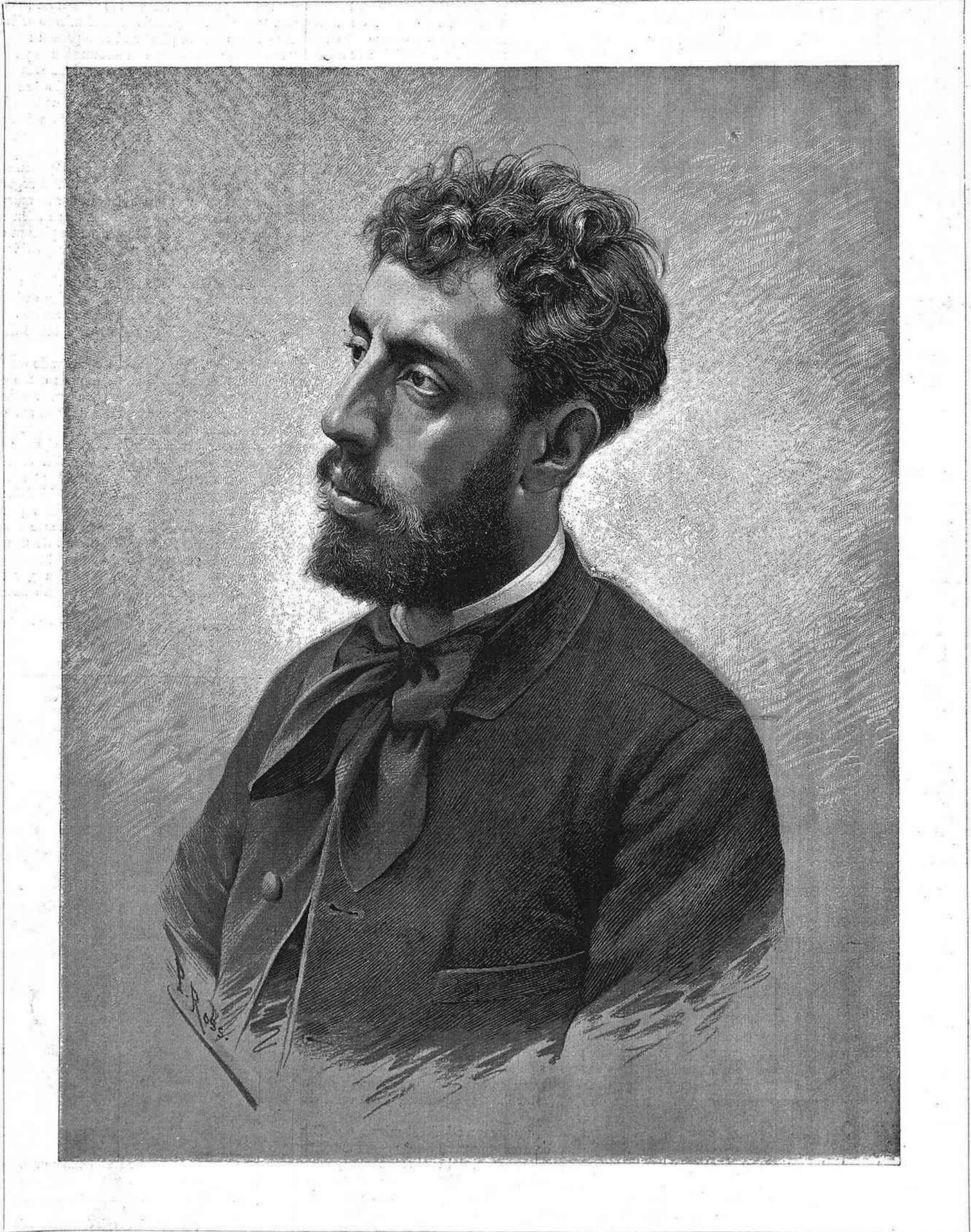
Año V

BARCELONA 18 DE OCTUBRE DE 1886

NUM. 251

NÚMERO EXTRAORDINARIO. — REGALO A LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

ARTISTAS ESPAÑOLES.—ANTONIO FABRÉS Y SUS OBRAS



ANTONIO FABRÉS, dibujo de P. Ros, copia de una fotografía



Recuerdos de Llíndis, copia de una acuarela

SUMARIO

TEXTO.—Antonio Fabrés.—¡Fuera judías! por don Antonio de Valbuena.—Bienaventurados los que lloran (conclusión), por don T. Nieva.—¡Pobre hombre! por don José Milla.—Hispaia y Silvia, por don José Torres.

GRABADOS.—Antonio Fabrés, dibujo de P. Ros, copia de una fotografía.—Recuerdos de Llíndis, copia de una acuarela.—¡Buena salsa! copia de una acuarela.—Recuerdos de Cataluña, copia de una acuarela.—Un emancipado, copia de una acuarela.—Crepisculo, copia de una acuarela.—Una partida empeñada, copia de una acuarela.—Lección de Corán, copia de una acuarela.—El siglo XIX, bajo relieve de Antonio Fabrés, dedicado á la Excelentísima Diputación de Barcelona.—Cercanías de Roma, copia de una acuarela.—El suplicio de Prometeo, boceto escultórico.—Un hombre feliz, copia de una acuarela.—La Favorita, copia de una celebrada tabla sin concluir, de 30 centímetros de largo.—La Tragedia, notable obra escultórica.—La calumniada, copia de una acuarela.—De vuelta de las carreteras, copia de una acuarela.—Abel muerto, obra ejecutada para las oposiciones á la pensión de Escultura en Roma.—Gira campestre, copia de una acuarela.—A la salud de mis vecinitas, copia de una acuarela.—Unos minutos de descanso, copia de una acuarela.—Un gigante del reino vegetal, copia de una acuarela.—Soberbia y humildad, copia de una acuarela.—Muerte de Cleopatra, dibujo á la pluma.—Fuego de bolos, copia de una acuarela.—El vendedor de gomas, figuras sin terminar del cuadro: Un día de mercado.—La encina, copia de una acuarela.—Exposición de las obras de Antonio Fabrés, dibujo á la pluma de J. L. Pellicer.

ANTONIO FABRÉS

Nuestros lectores conocen de sobra aquel cuento de un aficionado que plantó un rosal en su ventana, y que á puro abonar la tierra y regar la planta cuidadosamente, logró...

—¿Rosas?...

—No señor; logró que un municipal le impusiera una multa por verter agua en la calle.

Pues un chasco semejante han experimentado los que, paso á paso, vinieron enterándose de los progresos que Antonio Fabrés hacía en su vida artística.

Era en 1882... Apareció el primer número de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, y en su quinta página reproducíamos una escultura alegórica, EL SIGLO XIX. En la página primera publicábamos un dibujo de Fortuny; y al explicar Nuestros grabados, decíamos haber querido reunir en un mismo número los nombres de dos artistas españoles, la gloria en el sepulcro y la gloria en la cuna.

Al considerar la obra de Fabrés, tan bien concebida, tan bien ejecutada, todos presentíamos al escultor insigne; presentíamos las rosas del cuento...

Y sin embargo... Todos nos equivocamos: Fabrés escultor no siente; siente Fabrés el pintor distinguido, Fabrés el acuarelista insuperable. Una vez más el rosal del cuento no ha producido las flores presumidas.

¿Hemos de felicitarlos ó hemos de lamentar que

nuestro paisano haya soltado el cincel para sustituirlo con los pinceles? Difícilmente podríamos contestar á esta pregunta: no sabemos lo que hubiera dado de sí el cincel de Fabrés, que probablemente no hubiera sido poco, á juzgar por sus comienzos; pero sabemos lo que brota de sus pinceles, y ateniéndonos á lo que vemos, cabe decir que no deben dolerse las artes de la veleidad de este su hijo cariñoso.

¿Cómo se verificó el cambio de Fabrés?... Vamos á verlo.

Discípulo de la Academia barcelonesa, y discípulo distinguido, puesto que durante los tres cursos que la frecuentó, obtuvo por unanimidad todos los premios de las asignaturas aprendidas; á los veinte años ganó por rigurosa oposición una plaza de pensionado en Roma. Valióse su estatua de *Abel muerto*, para ejecutar cuya obra tuvo á su disposición la respetable suma de veinte pesetas, y aún menor suma de tiempo que de dinero. Ya tenemos á nuestro presunto Miguel Angel en la Ciudad Eterna, empeñado en la ejecución de obras de mucho aliento para corresponder á su Mecenas, la Diputación de Barcelona, llamando muy pronto la atención con sus trabajos. El primer boceto que hizo en Roma fué un *Prometeo*; y aunque le hubiera sobrado en realidad talento para ejecutarlo tal como lo concibiera, la falta de los recursos necesarios y la impaciencia propia de su carácter, que entonces no acertaba todavía á dominar, fueron parte á que dejara aquella obra sin concluir. El arte de la escultura opone verdaderamente estos singulares escollos, y se ne-

cesita una voluntad incontrastable para vencerlos. Requiere algunos gastos á los cuales un artista joven y en sus comienzos no siempre puede subvenir; sujeta á un trabajo material, penoso, abrumador, para el cual se necesitan auxiliares, y luego las obras que se producen son de difícil venta, ya por su importancia y magnitud, ya por su precio.

Al boceto del *Prometeo* siguió el que se titulaba *Domador de serpientes*, y á éste la *Bacanal*, precioso bajo relieve que destinaba á Barcelona en cumplimiento de sus obligaciones de pensionado, pero que, por desgracia, halló su autor roto y resquebrajado cuando volvió á su estudio después de una larga enfermedad. Aquella obra le hubiera acreditado sin duda. Bella y espontáneamente concebida, ejecutada con singular delicadeza y gracia, ofrecía un punto de comparación para juzgar de sus adelantos y aun de su inspiración, en un género absolutamente distinto del que siente Fabrés, pues más que la gracia sonriente de la anacrónica, le atrae y expresa en sus estatuas la fuerza, el vigor, la grandiosidad. Prueba de ello es *El siglo XIX* á que antes hemos aludido, un *San Marcos* y una estatua de la *Tragedia* vaciada en bronce.

A pesar de las dificultades materiales con que había de realizar sus obras, consiguió obtener encargos cuyo desempeño acreditó su buen talento.

Un día, empero, se le ocurrió que la escultura no reproducía las imágenes que bullían en su cerebro, con la fidelidad y actividad con que las concebía, y que la pintura le había de producir rendimientos superiores á los que de la escultura se prometiera. ¿Puede aceptarse esta explicación, mezcla de intuición artística y de consideraciones impropias, por lo prosaicas, de un joven entusiasta por el arte? A nosotros se nos hace difícil conciliar esos dos sentimientos antitéticos, y consideramos la resolución de Fabrés hija de una de esas evoluciones del genio que, á semejanza del río que discurre fuera de su cauce natural, cuando menos se piensa cambia de corriente y hace su camino por la senda que la naturaleza le traza, sin darle explicaciones de la variante. Fabrés se convirtió en pintor como Saulo se convirtió en cristiano; es decir, cuando un rayo de luz iluminó su mente, hasta entonces ciega y preocupada.

Y tan era pintor, sin comprenderlo él mismo, que á los cinco meses de cultivar su nuevo arte, vendía en cinco mil pesetas su primer ensayo, del cual sólo tenía ejecutada la cabeza sobre una tela en blanco, que se comprometió á llenar en noventa días. Representaba el cuadro un centinela árabe, y llevado por su dueño, norte-americano, á la exposición de Filadelfia, estuvo á punto de obtener la primera medalla, premio que dejó de adjudicarsele, no precisamente por falta de mérito, sino por ser condición del certamen la nacionalidad norte-americana de los artistas que optasen á dicha recompensa.

Llegó en esto á Roma un hombre inteligente como po-

cos en pintura, el célebre Goupil, que cubre de oro los lienzos recomendables y se enriquece con la reventa de sus compras. Goupil oyó hablar de Fabrés, visitó su estudio, y comprendiendo que el artista catalán podía ser una mina en sus manos, le compró en diez mil francos una pequeña tabla de 30 centímetros por 20, y le hizo seductoras proposiciones para que se trasladara á París, donde le aseguraba una fortuna. Negóse Fabrés á abandonar á Roma, y los romanos le agradecieron la preferencia, colmándole de aplausos á la aparición de cada una de sus obras.

Y entonces se efectuó una nueva evolución en las manifestaciones de nuestro artista, y así como al escultor había sucedido el pintor, á éste sucedió el acuarelista; pero no el acuarelista adocenado, porque Fabrés no sabe hacer nada á medias, sino el pintor de aguadas que desde los primeros momentos supo colocarse en preeminente lugar entre los que cultivan este género. Aun cuando han trascendido ya algunos años desde que Fabrés emprendió su carrera artística, en nada ha menguado la fogosidad de su carácter, siendo esta la causa principal de la segunda evolución á que aludimos. Si abandonó el cincel por los pinceles, entre otras causas, porque la escultura no le parecía el modo más fácil y expedito de llegar sin enojosas demoras á la realidad de sus concepciones, la aguada le pareció procedimiento más rápido y espontáneo que la pintura al óleo para el mismo objeto, y le indujo á dedicarse con su entusiasmo y su pasión habituales á dicho género. Que sus primeros ensayos no debieron ser tales, sino obras perfectas, lo prueba una circunstancia á la que debe una de sus honrosas distinciones. Habiendo cedido á un aficionado las primicias de sus productos como acuarelista, éste presentó en la Exposición universal de acuarelas de Londres una ejecutada por Fabrés en menos de tres horas, y sin que su autor tuviera noticia de ello, pues de lo contrario seguramente se habría opuesto, y el jurado calificador le otorgó una medalla como merecida recompensa de su talento.

Hoy Fabrés cultiva este género de pintura con verdadero cariño, con entusiasmo creciente, y así lo demuestra el considerable número de aguadas que brotan de su pincel, y en las cuales la cantidad no perjudica á la calidad, como en todo suele suceder; antes bien cada una de las que exhibe al público puede calificarse de obra maestra tanto por su ejecución cuanto por el modo de presentar el asunto.

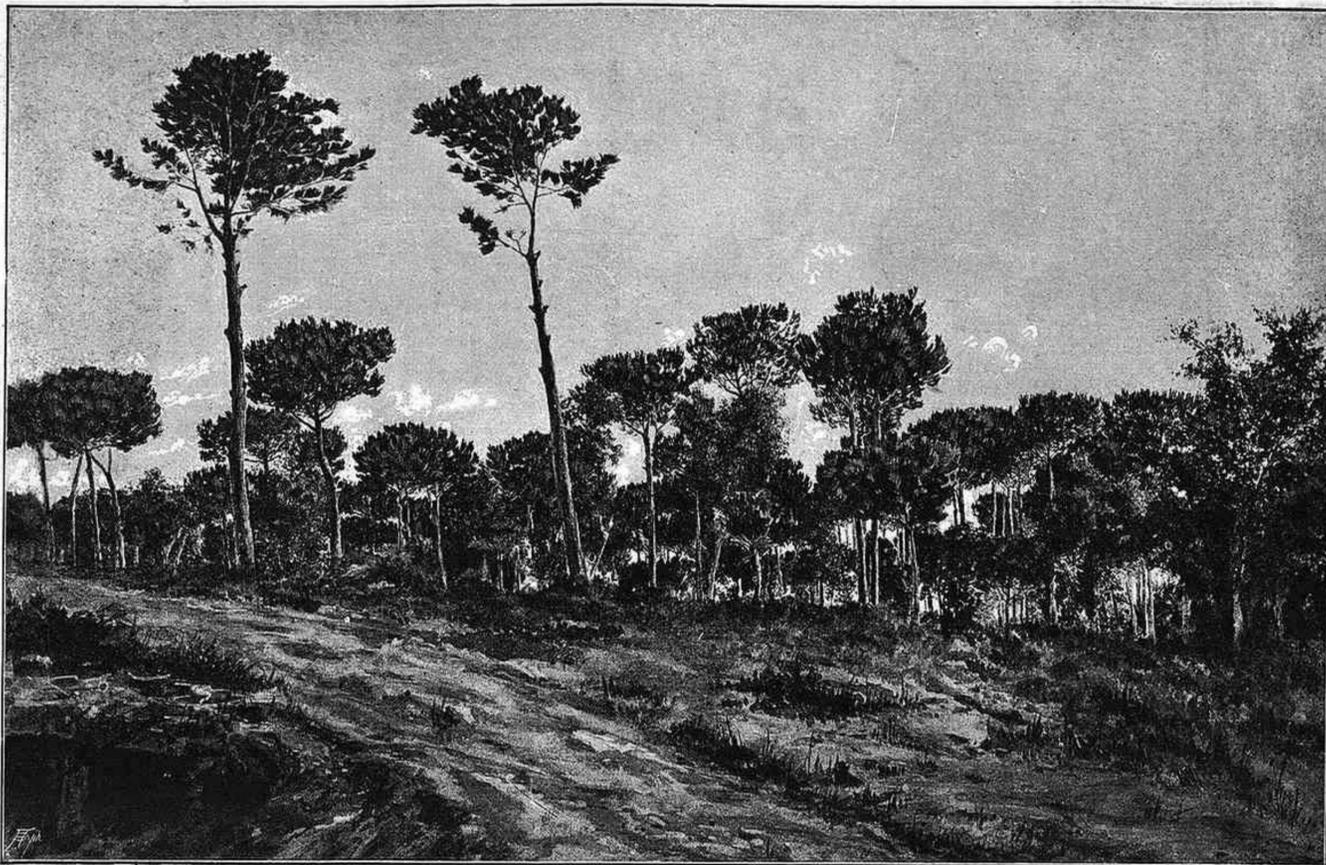
Fabrés, en cuanto pintor, ha conservado muchas de sus cualidades de escultor: en sus dibujos como en sus pinturas, se marca, quizás con alguna exageración, el relieve, como si acostumbrado á valerse de la forma óptica real, la confundiera con la forma óptica aparente de la pintura. Por el grueso de la capa de color, algunos fragmentos tienden á acercarse al bajo relieve. En cambio, en sus cuadros parece inspirarse en un ideal enteramente distinto del que movía su cincel. A la fogosidad de sus concepciones primeras, no siempre realizables por completo, porque traspasaban los límites de un arte esencialmente plástico para cernerse en las nubes de una divagación subjetiva más propia del poeta que del escultor, ha sucedido en él aquella idolatría exclusiva por las formas, aquella embriaguez de los colores, tan común y general en el día.

Como acuarelista, se distingue por esta misma embriaguez, por una entonación que revela la artística energía de



¡Buena salsa! copia de una acuarela

que se siente poseído y la seguridad con que traslada al papel, fácil y espontáneamente, la idea que bulle en su férvida imaginación; distínguese también por esos toques que pudiéramos calificar de nerviosos y que, sencillos en



Recuerdos de Cataluña, copia de una acuarela

la apariencia, comunican exuberante vida á sus creaciones; y si en sus aguadas huye de prolijos detalles, propios más bien de las miniaturas, en cambio consigue dotarlas del efecto que sin duda apetece y que da sorprendente realce á sus trabajos. No pretendemos afirmar que Fabrés sea una eminencia en este género, tal como nosotros consideramos á las verdaderas eminencias en el arte; pero si se nos obligara á establecer alguna comparación, diríamos que Velázquez, acuarelista, hubiera sin duda cultivado este género como nuestro paisano lo cultivaba.

Como dibujante, sólo se nos ocurre decir que en sus dibujos á la pluma, á los que ya se dedicó durante su residencia en Roma, bien pronto no conoció rival y fué saludado por sus mismos compañeros como el primer discípulo de esta nueva escuela que hace cada día nuevos prodigios en la exacta interpretación del modelo. Fuera de esto, los constantes favorecedores de nuestra publicación habrán tenido ocasión de apreciar en lo que valen los diferentes dibujos de Fabrés que hemos incluido en sus páginas, y en los cuales no se sabe qué admirar más, si el acierto y destreza con que representa los más variados tipos, ó la espontaneidad y soltura de su lápiz.

Tal es Antonio Fabrés como artista. Joven aun, conserva por la gloria el entusiasmo de su primera edad. Vehemente, impetuoso, se halla á merced de sus impresiones que se suceden hasta la fatiga, siempre varias, siempre viva-

dría lo bastante para su fama, y sólo á la fuerza ha debido abandonar su sistema de dejar en esbozo sus mejores proyectos, aguardando la hora bendita y deliciosa de la inspiración, la única en la cual despliega sus brillantes facultades.

LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, palenque abierto á todos los artistas de fe y aliento, no podía, no debía dejar de consagrar uno de sus números á rendir un tributo de cariñosa admiración á tan distinguido escultor y pintor, como no há mucho lo consagró á otro joven artista de brillantes esperanzas. Si Fabrés ha encontrado hasta ahora más abrojos que rosas en su camino: si la fortuna no se le ha mostrado tan propicia como por su talento merecía; si su artística carrera le ha deparado más honra que provecho, no por eso debe desmayar: el mérito tarde ó temprano se abre paso, y Fabrés está en condiciones de obtener por sus obras el apoyo de propios y extraños y de legar á la posteridad un nombre ilustre y respetado.

¡FUERA JUDÍAS!

Bien dice el refrán que el hombre propone y Dios dispone.

Nosotros habíamos salido de caza, y nos proponíamos naturalmente hacer ejercicio, divertirnos y matar muchísimas perdices.

Pero Dios había dispuesto que no matáramos ninguna, y las nubes, dóciles al mandato del Criador del mundo, se encargaron de hacernos cumplir su voluntad altísima.

Apenas habíamos llegado al cazadero comenzó ya á llover un poco. Nos resistimos por ver si paraba, pero lejos de parar, la lluvia fué engordando, engordando cada vez más, y no hubo otro remedio que abandonar el campo calados del todo.

Cuando entrábamos en casa del anciano cura de Val de San Pedro, yo de mí recuerdo que iba hecho una sopa.

El venerable sacerdote, á

colegiales mayores habían dado en llamar con el odioso mote de judías, que la Academia, en su perpetua falta de discreción, ha tomado por nombre propio.

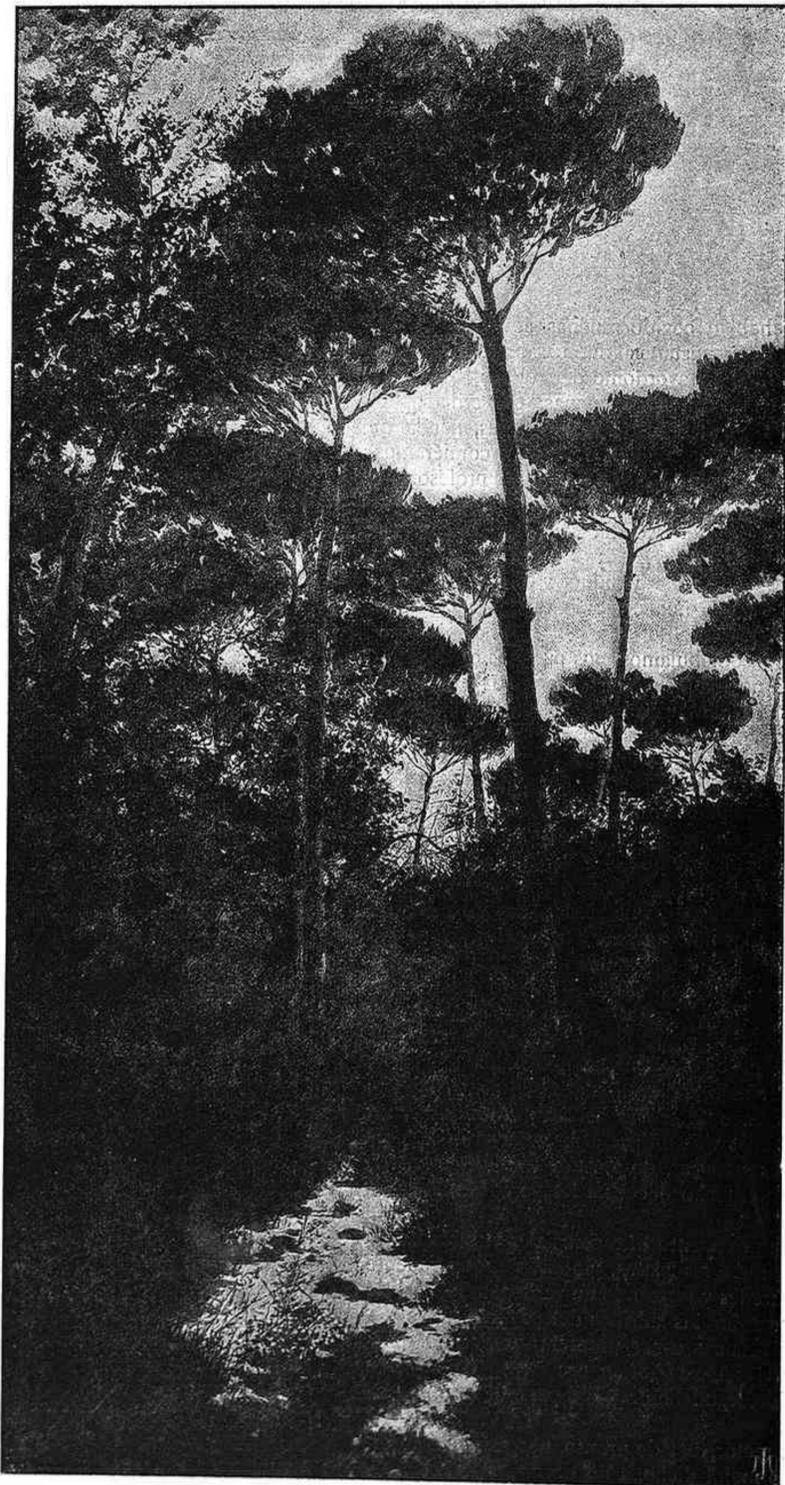
quien solamente uno de mis amigos conocía, nos facilitó ropa con que mudarnos, mientras se enjugaba la nuestra, nos dió de comer, y, como la lluvia continuó hasta otro día, nos entretuvo toda la tarde y toda la noche dándonos consejos y lecciones que sacaba del abundante almacén de su experiencia.

Sabía de todo y nos habló de todo, desde la caza hasta la teología, y aun me parece que estoy viendo su noble figura, y recuerdo especialmente la fe con que nos ponderaba la eterna desdicha de los pueblos que pretenden curarse de sus males con motines y revoluciones.

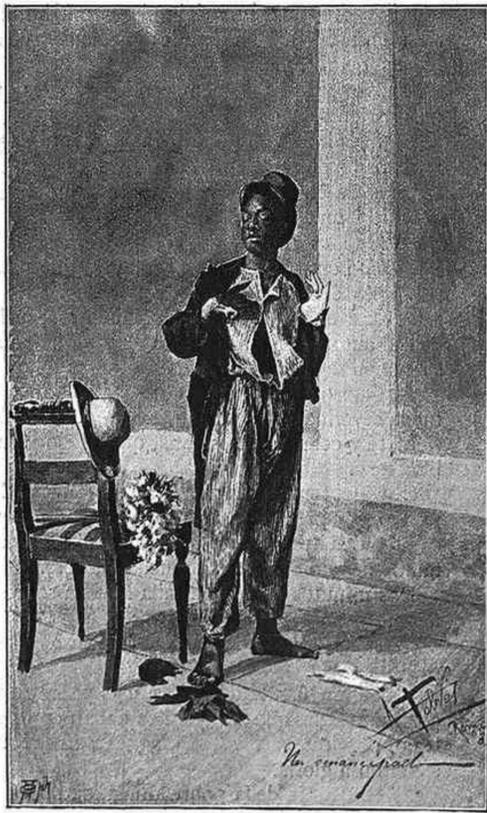
«Es de todos los tiempos, — nos decía; — la inclinación á rebelarse es de todos los tiempos; está en la naturaleza humana, viciada y corrompida por el pecado de nuestros primeros padres, que fueron los primeros rebeldes en la tierra, instigados por el demonio, el rebelde de las alturas; pero hay que convenir en que por rara maravilla producen alguna vez las rebeldías y conjuraciones resultado favorable á los conjurados.

Me acuerdo, á este propósito, de una sublevación en que yo tomé parte á los catorce años.

Fué una sublevación terrible. Era yo colegial en León, y todas las noches nos daban de cenar habichuelas, á las que los

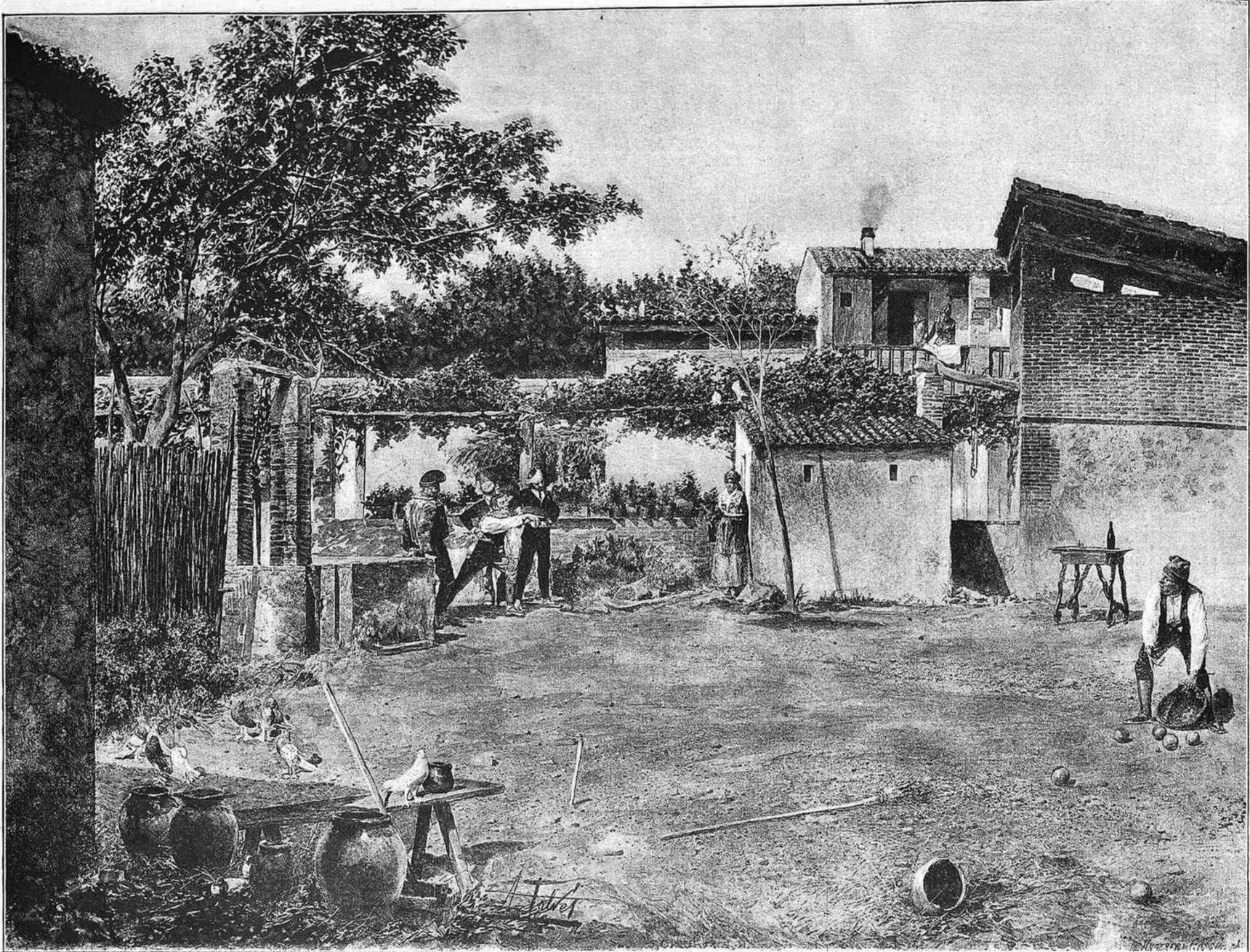


Crepúsculo, copia de una acuarela



Un emancipado, copia de una acuarela

ces, siempre renacientes. La realidad le abrumba, y á ser posible viviría en un perpetuo sueño. Con sólo ejecutar la mitad de lo que su fértil imaginación ha concebido, ten-



UNA PARTIDA EMPEÑADA, copia de una acuarela

Se habían cogido muchas aquel año y andaban muy baratas, circunstancia que pesaba demasiado en las resoluciones del mayordomo del colegio.

Las judías estaban buenas, es verdad; pero nos fastidiaban, entre otras razones, por la de que los superiores querían que las comiéramos.

Nos quejábamos en particular al profesor que por turno presidía el refectorio, hoy un colegial, mañana tres, al otro día siete, todos sin resultado.

Después de diez y quince y veinte quejas particulares, á la noche siguiente habichuelas sin falta.

Nos confabulamos, nos pusimos de acuerdo, y una noche hicimos el sacrificio ¡que vaya si lo es entre los trece y los veinte años! hicimos el sacrificio de quedarnos todos sin cenar, dejando intactos los platos de judías sobre la mesa.

El resultado... no llegó á saberse á punto fijo; pero los mayores, como más prácticos, aventuraron la idea de que el mayordomo había mandado al cocinero reservar aquellas judías para el día siguiente, y que al día siguiente habíamos cenado las mismas judías trasnochadas.

Era preciso tomar una resolución más enérgica y se tomó en efecto. El fuego de la conjuración prendió en todos aquellos adolescentes corazones, y tres días después, al llegar la hora de la cena, no bien se nos había servido el manjar de costumbre, cuando al grito resuelto y poderoso de ¡Fuera judías! ciento diez platos de alubias volaron por el aire y cayeron al suelo hechos pedazos, después de haberse estrellado contra el techo ó contra las paredes del refectorio.

Éramos ciento diez colegiales y todos habíamos tirado los platos, pintando grotescamente las paredes y formando un verdadero lodazal de judías sobre los ladrillos del pavimento.

¡Habíamos conseguido el triunfo?... ¡Ah! El catedrático presidente de la cena quedó escandalizado y dió parte al rector en seguida.

El rector, por de pronto, nos condenó á dormir, ó mejor dicho, á no dormir, con la incertidumbre de su resolución y de nuestra suerte.

Al siguiente día muy de mañana nos hizo

reunir y, formados en fila, dispuso quintarnos. Todos aquellos á quienes tocó el número cinco fuimos expulsados inmediatamente.

Digo que fuimos, porque yo fui uno de los veintidos que recibimos la orden de marcharnos á nuestras casas.

Arreglé mi baúl con ese orgullo propio de los vencidos en defensa de una causa justa, encargué á un compañero que me lo remitiera por el ordinario y me puse en camino.

Mi pueblo dista cinco leguas de la capital, y unos ratos á pie y otros andando, llegué á casa después de oscurecido, cuando mis padres y mis hermanos iban á cenar y estaban sentándose á la mesa.

Mis padres eran unos labradores mucho más ricos en nobleza y en virtudes cristianas, que en bienes de fortuna.

Lo digo para que comprendan ustedes que no viviríamos con lujo.

Ni aun hubieran podido buenamente pagar mi pensión de colegial, y si yo seguía la carrera eclesiástica en el seminario, era porque había obtenido una beca de gracia.

—¿Qué es eso?—dijo mi padre alarmado viéndome entrar:—¿cómo por aquí? ¿qué pasa?

Yo no sabía qué decir y apenas acerté á murmurar cuatro palabras incoherentes, por las que el autor de mis días comprendió que había sido expulsado del colegio con otros muchos.

—¿Que os han expulsado?—dijo con acentuada severidad—¿Qué habéis hecho?... En fin, siéntate y cena si tienes gana, que luego ya hablaremos.

Obedecí temblando y me senté á la mesa dispuesto á cenar, á pesar del disgusto, porque como había hecho tanto ejercicio y no había comido en todo el día tenía mucha hambre.

Dos minutos después estaba la cena sobre la mesa.

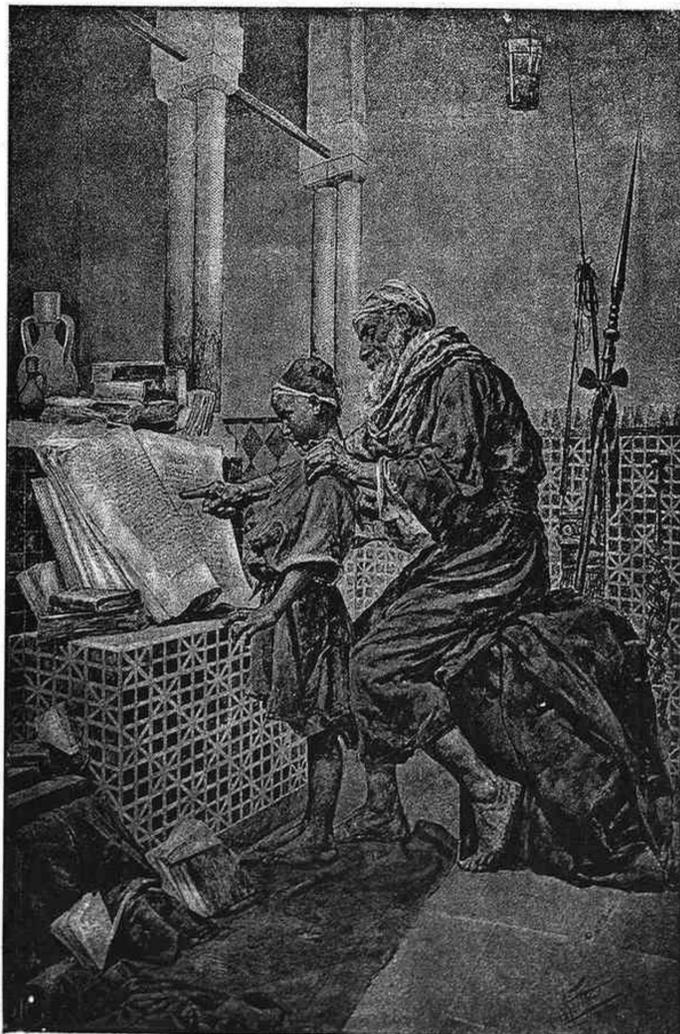
¿Y saben ustedes lo que era la cena?

Judías.

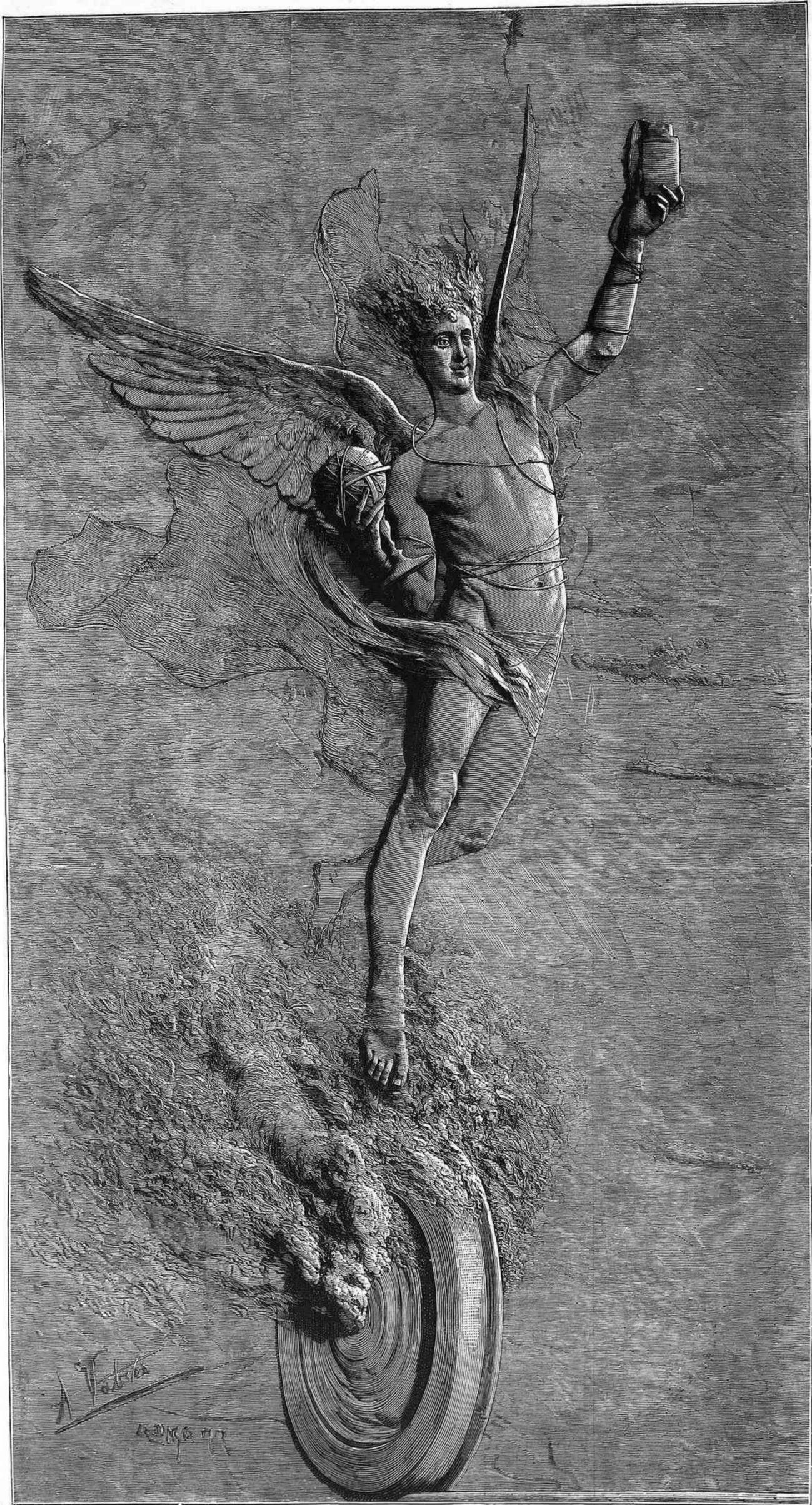
Una gran fuente de judías, más pobremente condimentadas que las que nos daban en el colegio, pero que, así y todo, aquella noche me supieron á gloria.

Es la historia de la pobre humanidad pecadora, —añadía el venerable anciano:— gritar ¡fuera judías! y comer judías cada vez peores.»

Yo era el más joven de la partida: tenía diez y ocho años, y confieso que me parecían un poco pesimistas las reflexiones del señor cura.

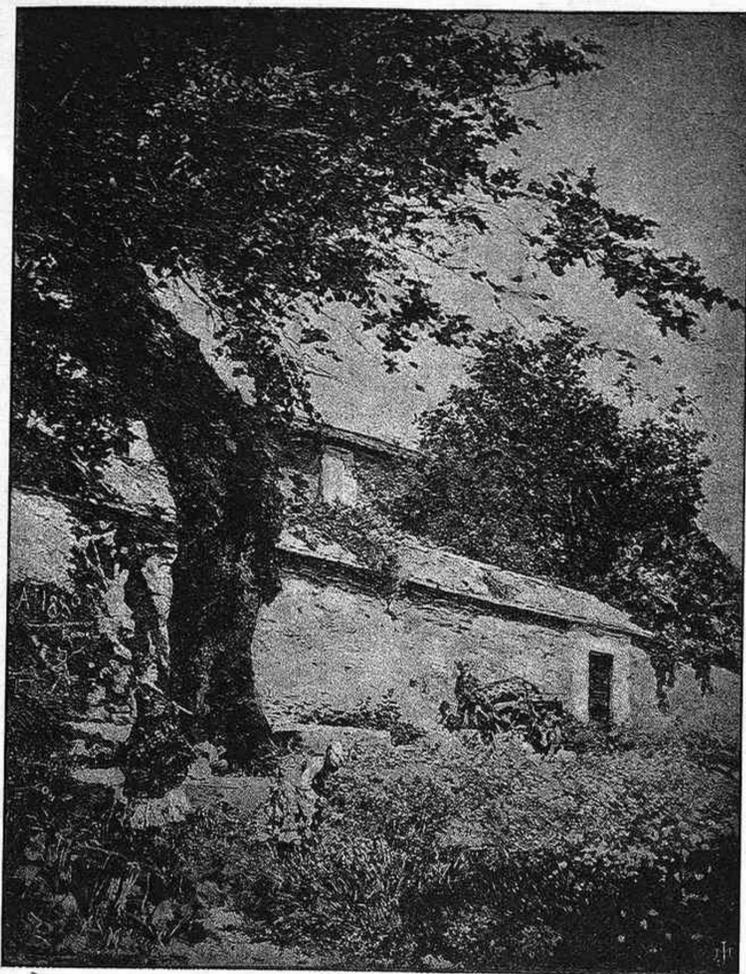


Lección de Corán, copia de una acuarela



SMELTON & TILLY SC.

EL SIGLO XIX, bajo relieve, dedicado á la Excm. Diputación de Barcelona



Cercanías de Roma, copia de una acuarela

Pero andando el tiempo, que ciertamente ha andado mucho desde entonces, observando los sucesos y estudiando la vida de los pueblos, ¡cuántas veces me he acordado de las judías y he reconocido la razón que tenía aquel santo hombre que nos reparó las averías de la caza!

Porque efectivamente, he visto armarse y triunfar muchos motines contra las judías, y siempre he visto las judías a la vuelta del triunfo.

He visto que una vez se incomodó la gente contra las judías de los privilegios, y comenzó a gritar ¡fuera privilegios! ó ¡fuera judías! es lo mismo.

Y en efecto, quedaron abolidos de una plumada los privilegios de la nobleza, de la religión, de la ancianidad, del valor, de la virtud y del saber.

Pero al día siguiente reaparecieron las judías mucho peores que antes, es decir, que surgió el más repugnante de todos los privilegios, el del dinero, y otro peor todavía si cabe que el del dinero, el de la desvergüenza.

Los hijos de los nobles no estaban sujetos al servicio militar, ni los alumnos de los seminarios, ni los novicios de las órdenes monásticas.

¡Fuera judías!

Y quedaron sujetos al servicio militar los hijos de los nobles y los novicios y los seminaristas; pero quedaron exentos los hijos de los ricos.

Antes pesaba el servicio militar obligatorio sobre los plebeyos, sobre aquellos cuyos ascendientes no constaba que hubieran prestado servicios a la patria.

Ahora pesa exclusivamente sobre los que no tienen seis ú ocho mil reales de sobra; es decir, sobre los que no han esquilado a la patria.

Antes había fuero militar y fuero eclesiástico. La persona de alguna de esas clases que por casualidad ó por imprudencia cometía un acto penado por las leyes, no iba a confundirse con los criminales de profesión en inmundos calabozos.

¡Fuera judías!

Y a este grito que se tradujo por igualdad ante la ley, los hombres honrados que tuvieron la desgracia de delinquir, fueron a la cárcel con los alumnos más sobresalientes de la escuela del crimen.

Pero las judías subsistieron con otra salsa; quedaron fuera de la cárcel los criminales ricos, los que pudieron dar fianza de dos mil ó de cuatro mil pesetas.

¿Y quién les quitaba luego de huir del castigo perdiéndolas?

Antes había inmunidades, de que gozaban las personas que por los difíciles y trabajosos caminos antiguos habían llegado a cierta dignidad elevada.

¡Fuera judías!

Y aquellas inmunidades desaparecieron, y un obispo ó un general tuvieron que ir a la prevención cuando se le antojó a un polizonte.

Pero en seguida volvieron las judías de la inmunidad a favor de los que tuvieron bastante dinero ó bastante influencia para hacerse elegir senadores ó diputados, y se vieron aquí los tribunales detenidos a cada paso en la persecución del delito.

También he oído gritar muchísimo contra las judías de la inmoralidad administrativa y del despilfarro.

¡Fuera judías!

Y por ejemplo, quedaron suprimidos los consumos.

Pero aparecieron en seguida las judías de la capitación ó de las cédulas personales; y a la vuelta de unos pocos años nos encontramos con las primeras judías y con las otras, con las cédulas y con los consumos.

¡Cuánto no se gritó también en otro tiempo contra las judías de las manos muertas!

Y en efecto, se desamortizaron los bienes eclesiásticos y los bienes de beneficencia y los bienes comunales dejaron de pertenecer a sus antiguos y legítimos dueños en cuyas manos eran patrimonio y remedio de los pobres.

Pero pasaron a las manos vivas de cuatro usureros miserables sin conciencia y sin corazón que en seguida cuadruplicaron el tipo de la renta...

Y sin embargo, es bien seguro que la pobre humanidad, apartada de los caminos de Dios, seguirá tan entusiasmada gritando a cada paso ¡Fuera judías!

ANTONIO DE VALBUENA.

BIENAVENTURADOS LOS QUE LLORAN

(Conclusión)

Curro estaba trasfigurado, trasportado, como si se hubiese encontrado aún en los terribles momentos de su historia.

No reparaba, no podía reparar en mi emoción.

Se encontraba en una situación de todo punto anormal.

Sus ojos escandecidos titilaban.

Sus cabellos ya entrecanos, aparecían erizados como la crencha de un león.

Sus largas patillas de boca de hacha parecía como que también se agitaban levemente.

**

— Me eché sobre él, — añadió, — y le abrí de una puñalada, como a un cerdo, desde el cuello al vientre: le ví sobre un charco de sangre a mis pies... sentí la alegría de la venganza... la alegría más grande que he tenido en todos los días de mi vida y tampoco la alegría me hizo llorar.

— ¡Pero ella! ¡Y ella, la infame!...

— exclamé yo.

— ¡A ella no la podía yo matar!

— me respondió con voz ronca:

— no podría verla sin matarla, y como no podía matarla, no la he vuelto a ver desde que nos dejó a todos: a los hijos para la hoya y al padre para el presidio.

Guardó por algunos instantes silencio.

Luego añadió:

— No, no sé lo que ha sido de ella, ni lo quiero saber.

Guardó por algunos instantes silencio.

Luego añadió:

— No, no sé lo que ha sido de ella, ni lo quiero saber.

Guardó por algunos instantes silencio.

Luego añadió:

— No, no sé lo que ha sido de ella, ni lo quiero saber.

Guardó por algunos instantes silencio.

Luego añadió:

— No, no sé lo que ha sido de ella, ni lo quiero saber.

Guardó por algunos instantes silencio.

Luego añadió:

— No, no sé lo que ha sido de ella, ni lo quiero saber.

Guardó por algunos instantes silencio.

Luego añadió:

— No, no sé lo que ha sido de ella, ni lo quiero saber.

Guardó por algunos instantes silencio.

Luego añadió:

— No, no sé lo que ha sido de ella, ni lo quiero saber.

Por esta vez no llenó la copa.

Tomó la botella y se la empujó.

Por pronto que acudí a quitársela, ya la había apurado.

Sonrió.

La tensión terrible de su semblante había desaparecido.

Su expresión feroz se había borrado.

Sólo quedaba en él un ligero estremecimiento, como el de las aguas después de la tempestad.

**

— Pues si ella no hubiera cantado hace quince años, — continuó, mientras hacía lentamente un cigarrillo y con la voz ya tranquila, — esa copla que a V. ha chocado tanto, no la hubiera yo conocido.

Yo era entonces corista de una compañía de ópera que trabajaba en Granada.

Pasaba una tarde por el corral del Carbón, que es una casa de vecindad muy grande.

Yo era entonces muy feliz.

Tenía veinticinco años y ajuste seguro.

Viajaba, ganaba, me divertía.

El mundo era pequeño para mí.

Cuando oí la voz de niña, de tiple, de una extensión admirable, de un timbre delicioso, de un sentimiento, de un estilo incomparables, que cantaba... ya sabe V. la copla, yo no sé lo que me pasó.

Ella no había cantado la copla, como la canto yo, no.

La había cantado como una de tantas coplas que se saben de memoria.

Yo me entré en el corralón y la oí.

Estaba lavando, con los cabellos rubios tendidos.

Apenas si tenía diez y ocho años.

La pedí agua para hablar con ella.

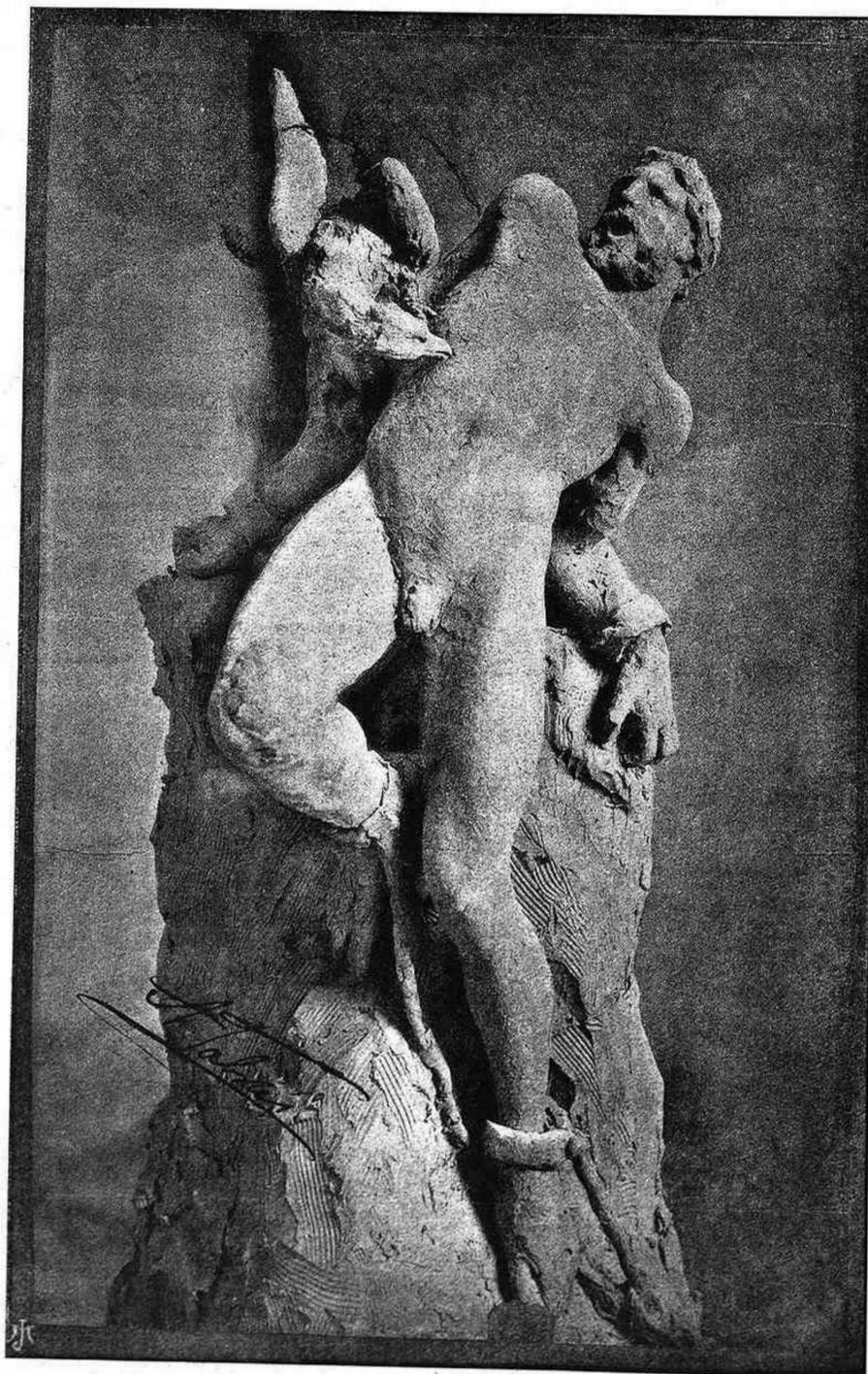
Hablamos.

Pelamos aquella noche la pava, como se dice en nuestra tierra. Digo, si Andalucía es mi tierra, que yo no puedo decir dónde nací, ni siquiera dónde estoy bautizado, lo cual fué una dificultad para nuestro casamiento.

¡Ojalá no hubieran podido vencerse aquellas dificultades!

Pero se vencieron y nos casamos.

Yo me consagré a enseñarle la música y al año ajustaron conmigo a Milagros de corista; pero yo perdí la voz, me faltaron ajustes, vino la miseria, ella no supo resignarse a ella... y me... y nos abandonó.



El suplicio de Prometeo, boceto escultórico

**

- En fin, afuera ideas negras: ¡viva el aguardiente, viva la alegría!
Es necesario que esta noche nos *divertamos*.
Y en aquel momento, fué cuando el pobre Curro me pareció más horrible.
Tras la desesperación había venido la locura.
Me costó un trabajo infinito impedirle que bebiera más y una batalla el sacarle de la taberna.

**

Sobre la enorme cantidad de aguardiente que sin duda había bebido durante su trabajo en el café, delante de mí había apurado cuartillo y medio de un aguardiente de tan alta graduación que bien podría llamarsele *capitán general*.
Sin embargo, andaba de una manera firme y desembarazada, y al hablar no se le embrollaba la lengua.
Pero á poco que se le observaba, se notaba en él la peligrosa, la formidable sobreexcitación del alcoholismo.
Me negué decididamente á continuar la *juelga* como él decía y me acompañó á mi casa.
A la puerta nos despedimos.
No tardé mucho en arrepentirme, en acusarme de no haberle hecho entrar.
Aquello se hizo para mí un caso de imprudencia temeraria.
¡Pobre Curro!

**

Cuando me encontré solo en mi gabinete, me pareció que se me quitaba un peso del alma.
Pero me dominaba el horror del drama que de una manera tan palpitante se había representado delante de mí.
Dormí mal y me levanté con la cabeza pesada.
Al buscar en mis bolsillos un papel que necesitaba, me encontré con una tarjeta que decía:

Pepa la Gallarda - cantaora flamenca y echadora de cartas, - calle del Peñón - núm... cuarto...
Se me recrudeció el recuerdo de la hermosa gitana.

Almorcé de prisa, me vestí con cuidado, como quien va á una conquista, salí, tomé un carruaje y me hice conducir á casa de Pepa que me recibió con ansia.

Hice lo único que me era posible.
Reclamé el cadáver.
Adquirí para él un nicho perpétuo en una sacramental.



Un hombre feliz, copia de una acuarela

- ¡Ay! señor de mi alma! - dijo en cuanto me vió; - que viene V. porque la Santísima Virgen le envía, que no sabe V. lo que pasa: que el pobre Currito está en el *espital* y Dios sabe si el *desdichao* habrá *palmao* ya.

Yo me aturdí.
- ¿Pues qué pasa? - la pregunté balbuceando.
- Que esta mañanita le ha dado un *singusto* en una aguardientería y se ha caído redondo al suelo; y mi señor, que estaba allí, avisó y fueron y le llevaron al *espital*: y *aluego* vino y me lo contó á mí: que mire V. qué plato de gusto, el pobre hombre! y por eso yo le dí á él una tarjeta para que se la diera á V., porque yo, con mirarle á las personas los clisos, sé lo que son y V. es muy bueno y Dios y su Santísima madre le guardarán á V. muchas venturas: y no por otra cosa, que no podía ser, porque yo soy *cañi* y las *cañis* no las ha hecho *ondível* más que para su *flamenquito*; pero yo quería hablarle á V. para que usted hiciese lo que pudiera por Currito, que es muy *esdichao* el pobre; conque vaya V. por caría, señor, que hasta en el *espital* son menester las recomendaciones... y V. es mucha *presona*, que lo conozco yo.

- ¿Y en qué hospital está?
- Pues, en el general.
- Adiós y hasta la vista, - exclamé.
- Hasta la vista, señor, que estemos más despacio.
Yo salí escapado.
¡Prisa inútil!
Cuando llegué al hospital, acababa de sobrevenir el aplanamiento.
Curro había sucumbido á una apoplejía fulminante causada por el alcoholismo.
¿Por qué no le habías yo detenido algunas horas antes?
Tal vez se hubiera impedido...
Tal vez hubiera podido convertírsele...
¡Quién sabe!...

**



LA FAVORITA, copia de una tabla sin concluir, de 30 centímetros de largo.



LA TRAGEDIA, notable obra escultórica



LA CALUMNIADA, copia de una acuarela

Al día siguiente por la tarde, cuatro sepultureros conducían modestamente en un ataúd, también modesto, aquel conmovedor cadáver.

Yo iba detrás á pie.

Seguíamos el camino que, á través de Chamberí, conduce á Tetuán.

De improviso un grupo de hombres y mujeres, de los del bronce, chulos y tunantes, se cruzó con nosotros.

Antes de que llegaran había yo reparado en una magnífica rubia ya bien pasada de los treinta años; pero oronda y fresca.

Venían todos desafortados.

Llenos del vino de Tetuán.

Al mismo punto de cruzarse con el cadáver, la hermosa rubia cantó con una voz admirable:

Las lágrimas que se lloran
nunca fueron tan amargas
como aquellas que se quedan
escondidas en el alma.

Sentí un horror infinito.

Una crispatura penosa.

Me pareció que el ataúd producía un ruido sordo, violento, siniestro, como si dentro de él se hubiera agitado el cadáver.

— ¡Milagros! — exclamé como por instinto.

— ¡Calle! ¿y de qué me conoce á mí ese señorito? — dijo ella tranquilamente, — pues yo no me acuerdo.

Y pasó... pasaron.

Era indudablemente ella.

La adúltera, la infame, la exterminadora de su familia, que, ebria por la crápula, se había cruzado sin saberlo con el cadáver de su última víctima.

Cuando en el cementerio se abrió el ataúd, ví con espanto en los ojos del cadáver dos gruesas lágrimas congeladas.

Entonces recordé claramente, como si acabara de oír las, aquellas proféticas palabras del desdichado:

«Yo no he llorado nunca, como no llorara antes de nacer, y no esté de Dios que yo vuelva á llorar hasta después de morir.»

¿Era que en aquel cuerpo muerto que nunca había llorado, había llorado al fin el alma inmortal?...

¡Sábelo Dios...!

T. NIEVA



De vuelta de las carreras, copia de una acuarela

¡POBRE HOMBRE!

(MONÓLOGO DE UN INFELIZ)

Decía así:

Pues señor, cuando la conocí hubiera jurado cosa imposible lo que había de suceder, mejor dicho, lo que está sucediendo Yo estaba persuadido íntimamente de que

no hay bribón en este mundo que no vaya en carnes vivas, harapiendo y que no se encuentre sin salud, hogar ni oficio conocido. Y aun cuando la obra de que ha venido á resultar este planeta no me parecía, ni con mucho, una cosa acabada en su conjunto, y deja, según puede ver el menos linco, mucho que desear en los detalles, tenía á lo menos el consuelo de que, de tejas abajo, no había virtud sin premio, ni maldad ó perversidad sin castigo.

En esta persuasión hubiera jurado una y mil veces, que la roca que se despeña de la montaña no cae al llano, cuando por este llano pasa un hombre de bien á carta cabal. La moral de la literatura docente tampoco me la explico de otro modo, porque, en suma, cuando un autor, al final de una comedia dice que debemos ser como Dios manda, eso lo afirma, después de consignar las malas consecuencias que traen consigo todas las picardías.

Calcule cualquiera, si en mi caso se hubiera sentido capaz de matar á una hormiga, de engañar á un amigo ó de dar alimento á tentaciones pecaminosas por leves que fueran. Así es, que yo, hombre honrado, por estas y otras razones que yo me sé, cuando conocí á Dolores y la dije, con una fe que, pese á mi natural modestia, nunca me cansaré de ponderar, cuánto y cómo la quería, pensé que el demonio no tendría nada que hacer en el asunto.

Figúrense Vds. una muchacha joven, alegre, morena, con unos ojos que tenían más ternura que una elegía de Lamartine y una expresión encantadora, y un cabello más negro que mi suerte y un fuego que ni el Ecuador, y se figurarán, en parte, á Lola. Aquel andar provocativo, menudo y airoso, aquellas manitas blancas, aquella boca que parecía una amapola cuajada de rocío, aquel talle seductor, aquella voz y aquella gracia, que eran una bendición del cielo, lo confieso, acabaron en un punto con todo el estoico alarde de viril entereza, que yo acostumbraba á hacer en lo más hondo de mi alma, orgulloso como estaba de mi libre albedrío.

La posición de ella valía muy poco. Era modista y ganaba mucho menos de lo que necesitaba para atender á su sustento y al de su buena madre, viuda de un auxiliar de la clase de quintos, del negociado octavo, de la sección undécima, de no sé cuál dirección general de un ministerio.

Pero la pasión no ha sido nunca hacendista. Yo la que-



ABEL MUERTO, obra ejecutada para las oposiciones de la pensión de Escultura en Roma



GIRA CAMPESTRE, copia de una acuarela

ría con toda mi alma, y con todo mi corazón y con todo mi todo, y estaba decidido á hacerla mi esposa y á conducirla de la mano, como Dios me diera á entender, por los ásperos senderos de la vida, compartiendo con ella mis gustos y mis gastos, mis bienes y mis males.

Ella, por su parte, parecía dispuesta á acceder á mis honrados deseos, y así hubo de manifestármelo muchas veces, del modo más inocente y persuasivo. Su apreciable mamá era de la misma opinión, y no hay para qué detenerse á averiguar la causa de este su parecer. Estando, como estábamos, todos de acuerdo y decididos á dar la última mano á la obra, se comenzó esa larga operación de expedientes y certificados y papeles, cosa indispensable, como es sabido, para que las gentes puedan decir, sin miedo ni vergüenza, que se quieren y están empeñadas en quererse, sin escándalo de la moral y de las buenas costumbres.

Yo había soportado, hasta con heroísmo, las burlas y chanzonetas de mis amigos á propósito de mi proyectado matrimonio. Mi señor padre me había hecho todas las consideraciones que, según su buen juicio, debía tener presentes antes de dar aquel paso, en el paso y después del paso.

Hombre sesudo y de mucha experiencia, veterano de cien campañas amorosas, experto conocedor de los más impenetrables abismos del corazón de la mujer, cuando conoció á Lola, me dijo:

— ¡Qué quieres! ¡No me da buena espina esa muchacha! Tiene un no sé qué, que no te puedo decir, por eso mismo, porque no sé qué es. Se me antoja, sin embargo, que no has de ser feliz con ella; pero, chico, piénsalo bien. Tu padre ¿qué ha de querer? Que seas feliz; y en fin, ¡ojalá me equivoque!

Yo traté de persuadir á mi padre, diciéndole que deseara vanos escrúpulos, porque si Lola fuera mala, habría que pensar que los ángeles del cielo eran unos bribones, y yo no era capaz de semejante pensamiento.

El amor paternal le hacía creer que yo era un joven de provecho, destinado á dar grandes días de gloria á mi pueblo y á mi patria. Así es que me escuchaba con la boca abierta, y como mis vulgaridades se le antojaban conceptos sublimes, dignos de esculpirse en mármoles con letras de oro, se hallaba siempre dispuesto á aceptar mis razones sin discutir las, como evidentes é incontables.

Se dió por convencido, no sin argüir, entre otras cosas, que había observado con disgusto las atenciones que Lola tenía con cierto primo suyo, oficial de caballería por más señas.

Confieso que lo del oficial me dió motivo á algunas cavilaciones. Qué tales serían ellas, puede conjeturarse, considerando que llegué á ponerme serio con Lola y hasta á amenazarla si dicho primo no desaparecía de la escena, porque rabiaba de celos y estaba que me podían ahogar con una hebra de algodón.

Lola, entonces, me dijo que nada podía regocijarme tanto como esta prueba de cariño que acababa de darme, pues ella creía difícil que no resultara eficaz la prueba que acababa de hacer para persuadirse de la intensidad de mi pasión; que por eso y para eso había tolerado las lisonjas *insípidas* (recalcó mucho y con desdén el adjeti-

vo) de su primo, el cual no podía compararse, ni de lejos, en buenas prendas y excelentes condiciones conmigo; que sus miraditas tiernas y sus conversaciones en voz baja con aquel oficial de caballería, tampoco tenían otro objeto que el que me decía, pues como la parecía un tanto reservado mi carácter, necesitaba convencerse de algún modo de la sinceridad de mi afecto.

Muchas consideraciones añadió á las dichas, entre otras, la de dolerse mucho de que la hubiera considerado capaz de faltar á la fe que me tenía jurada, y muy jurada, haciéndome de mil modos la protesta de que la perdonase, si las apariencias, justificando su torpeza, ya que no sus honradas intenciones, la condenaban; y terminando sus explicaciones con una lluvia de frases cariñosas y con la expresión de su propósito de no recibir una vez sola á su primo en su casa, ni cambiar con él palabras, sonrisas, señas ni saludos en ninguna parte.

Con esto, que según observaba, era cumplido en todas sus partes, se vió limpio de nubes el claro y hermoso cielo de mis esperanzas amorosas.

Ya no hubo más sino fijar el día y la hora en que debían cumplirse, consagrándose ante el altar. La víspera de ese día, hasta muy entrada la noche, no me separé de ella: todo eran dulces ensueños, hermosas perspectivas y suaves presentimientos.

Se vistió sus galas de novia porque la contemplase y me quedé más embelesado que Fausto la vez primera en que vió á su Margarita: de tal modo embellecían su hermosura aquellos modestos adornos.

Fuíme á mi casa tan satisfecho y alegre, que me parecía cosa extraña no tomasen las gentes que hallaba á mi paso, una parte principal en mi alegría. La noche se me antojó muy larga y toda ella la consagró mi pensamiento desvelado á la risueña imagen amorosa de mi adorada.

Por fin llegó la hora del día, que creí no llegaba nunca, y me dispuse á adornarme con aquella elegancia y decoro que demandaba el acto solemne que iba á verificar. Ya me disponía á salir, cuando un fuerte é inesperado campanillazo me anunció una impensada visita. ¡Cuál no sería mi asombro y mi sorpresa al ver con mis propios ojos á la señora madre de Lola, pálida, trémula, llorosa!

En resumen: Lola había desaparecido de su casa aquella noche y su honra estaba en el mismo caso que mi dicha, evaporada y perdida de una vez para siempre. Su buena madre ignoraba si esto había sido un acto de su voluntad ó conjuración de algún infame enamorado de ella, como se lo hacía creer la crítica circunstancia en que había ocurrido acontecimiento para mí tan doloroso,



A la salud de mis vecinitas, copia de una acuarela

¡Oh mudable y perversa condición!
¡Oh insensatos y malparados deseos! La honradez escarnecida, el sentimiento hollado, pedían venganza; pero la venganza era imposible, pues una muchacha puede... ¡No quiero acabar el pensamiento!

Después de algún tiempo supe que Lola vivía en íntimo consorcio con su primo, el consabido oficial de caballería.

Desde entonces, en los momentos en que el dolor me lo consiente, me pregunto con frecuencia monomaniaca: ¿por qué, vamos á ver, predicán ciertas gentes la moral como una cosa tan acorde con la dicha? ¿No valiera más decir que el bien se debe amar por sí mismo?

Pues lean Vds. casi todas las obras dedicadas á la enseñanza de la niñez y allí verán, cómo todos los chicos buenos, obedientes y aplicados lo pasan muy á su gusto, y los malos, holgazanes y discolos están en una continua dolorosísima agonía.

Víctima de esa literatura azul, proclamo sus efectos: á creer en ella, mi actual desengaño me convertiría en hombre desalmado y perverso.

* * *

Hasta aquí el protagonista.

Yo sólo puedo añadir, por vía de comentario, que cuando Lola se marchó con su primo, hablaban del burlado novio, y ella decía riendo á carcajadas:

— ¡Pobre hombre!

Ignoramos si, pasado algún tiempo, el pobre hombre llegó á devolver, con más razón, el adjetivo á su perversa engañadora.

Acaso nó: y este sería otro epigrama de la vida contra la literatura docente, en que se cotizan las buenas acciones á tanto por ciento la recompensa.

JOSÉ MILLA

HISPALA Y SILVIA

POR DON JOSÉ TORRES

I

El limpio sol de Italia, próximo al ocaso, dejaba tras sí un incendio de nubes. Era esa hora en que las lejanas montañas parecen transparentes, amatistas inmensas engarzadas en el anillo de oro del horizonte.

Por la amarillenta playa de Nápoles un hombre caminaba á caballo, siguiendo las sinuosidades del golfo. Su cabalgadura, tipo perfecto de la soberbia raza de Numidia, lanzaba de cuando en cuando un alegre relincho y dilataba las anchas fosas de su nariz, ávidas de las frescas brisas del mar.

Las armonías de la tarde despertaban en el alma del viajero profunda melancolía; su mirada, cual si buscara la imagen de un recuerdo, vagaba errante desde las nubes de oro fundido hasta las cercanas olas, que, heridas por el sol poniente, caían, al deshacerse en espuma, sobre la arena de la playa, como tornasolada lluvia de brillantes.

Nuestro joven había estudiado las letras griegas en Atenas; era un discípulo del Liceo, formado en la poesía homérica. Sin detenerse un instante y con resuelto acento exclamó:

— Aun cuando viera descender el rayo sobre mi cabeza, he de perseguir á la diosa sobre las alturas.



Unos minutos de descanso, copia de una acuarela

Sentía, sí, toda la belleza de aquellos momentos y de aquellos lugares; pero la sentía en su armónica totalidad, en su conjunto; sin que los sentidos se detuviesen á examinar ningún detalle: como llegan siempre á nosotros esas grandes síntesis de la naturaleza, á cuya poderosa magia el espíritu se siente poseído de desconocida inquietud é indefinibles aspiraciones, que nos hacen soñar con otros mundos y con otras existencias. Causa inesperada vino á sacar al viajero de su abstracción. Leve movimiento de la rienda refrenó el airoso andar de la cabalgadura, y el jinete dirigió una mirada á las colinas que se extienden paralelamente al mar. Las ligeras alas de la brisa habían llevado hasta sus oídos mezcla confusa de voces y rumores extraños, que fueron haciéndose cada vez más perceptibles. Muy en breve llegaron hasta el viajero palabras claras y distintas.

De pronto resonó en aquellas soledades la siguiente canción, entonada á coro por muchas voces.

¡Con el címbalo el címbalo vibre!
Sólo Baco al mortal hace libre:
cantémosle un himno de paz y de amor.
Sólo es cierta de Baco la gloria;
es la dicha del hombre, ilusoria;
sin vino la vida tan sólo es dolor.

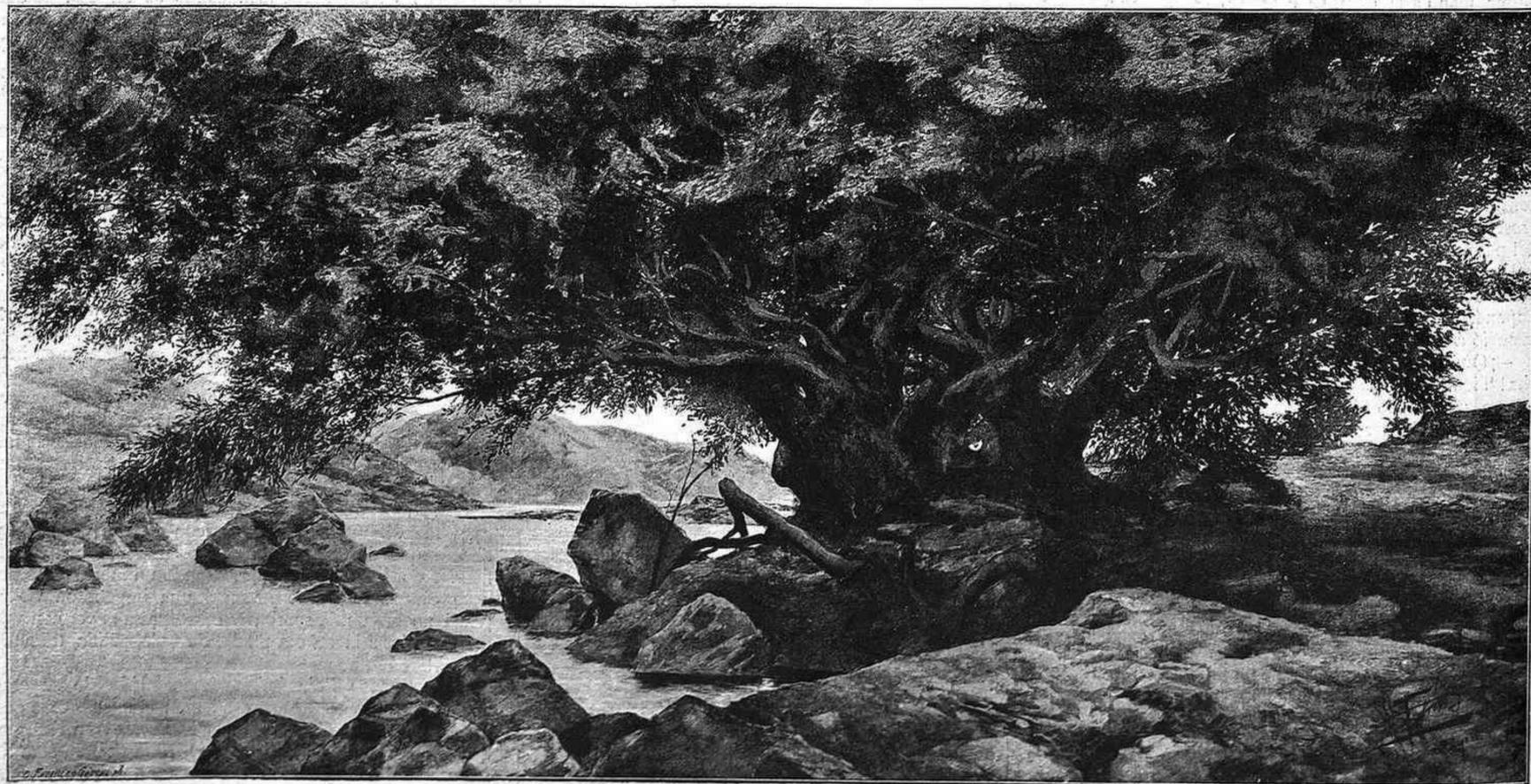
Siguió á este canto loco vocear, vibrantes golpes de címbalos, sonoro chocar de copas, alegres carcajadas, gritos de entusiasmo..., hasta que, pasados algunos instantes, se oyó esta otra canción:

¡Vino! ¡vino, en las copas de oro!
Que el metálico choque sonoro
se mezcle al rumor de las olas del mar;
y la trémula nota argentina
vuele así de colina en colina,
del Dios que adoramos el sueño á arrullar.

Nuevo y mayor estrépito que el anterior siguió á esta segunda estrofa.

El viajero era joven; la naturaleza y el acaso le ofrecían reunidos un espectáculo sorprendente y una aventura que tenía mucho de misteriosa, y en su ya exaltada imaginación llegó á pensar que alguna oculta divinidad había venido á revelársele, como en los tiempos heroicos.

Los acontecimientos aquí narrados acaecían el año 569 de la fundación de Roma, 185 antes de nuestra era, cuando ostentaban las haces consulares Póstumo Albino y Marcio Filipo, juntamente.



UN GIGANTE DEL REINO VEGETAL, copia de una acuarela

Y abandonó el llano por las vecinas cumbres. De detrás de las rocas coronadas de pinos, muchas voces fueron llegando sucesivamente hasta él, y pudo oír con toda claridad:

- Divino Baco ¡gloria á tí!
- Compañeras, el sol toca ya á la línea del horizonte. ¡Gloria á Baco inmortal!
- La noche llega... ¡más vino en las copas! Bebamos á las constelaciones amigas.

- ¡El mortal embriagado es tirano del destino!

- Baco, Baco, el Capitolio será tu templo, y desde él dominarás á todos los pueblos de la tierra!

- ¡¡Muera Póstumo!!
- ¡¡Muera!!... ¡¡muera!!... - contestó la multitud.

- Compañeras, antes de dar comienzo á las sagradas ceremonias de nuestro rito, saludad á la nueva conjurada. Es hermosa como Venus afrodita, y en su corazón arde el fuego de la venganza.

- ¡Honor á la nueva sacerdotisa de Baco! - gritaron muchas voces.

- ¿Qué aguardas, Dánae? - preguntó una voz femenil.

- Ahora mismo; - contestó la interpelada.

Ya el viajero había echado pie á tierra, y amarrado á un tronco su caballo. Oculto entre un espeso grupo de pinos, presenciaba, sin ser visto, cuanto allí pasaba.

Verde corona de hiedra y de pámpano circundaba la frente de las bacantes. Entre el extraño grupo que reunidos formaban hombres y mujeres, muchos lucían con impúdico desgarro incitantes inicios y hasta esbeltas y mórbidas desnudeces. Todos los ojos brillaban con desusado fulgor: sin embargo, más parecía debido esto á un común sentimiento de venganza estimulado por los vapores del vino, que á eróticos ni licenciosos desenfrenos.

La mujer que había respondido al nombre de Dánae, se separó del grupo de sus compañeras, dió la vuelta por detrás de una pequeña colina, y reapareció á los pocos instantes, trayendo de la mano á otra mujer. Era ésta de elevada estatura, de suelto andar y talle esbeltísimo; su rostro tipo acabado de la más rara hermosura. En la sencilla aunque intensa mirada de sus grandes ojos garzos, había á un mismo tiempo algo de la timidez de la vestal y de la altivez vengativa de Lucrecia. Era, en una palabra, una de esas bellezas imposibles de clasificar; una de esas bellezas que no dependen en manera alguna de las líneas ni del colorido, sino de la expresión y del conjun-

to. En aquella fisonomía singular todo hablaba. Nada tan artístico como el prendido de aquella opulenta cabellera rubia encendida al último rayo de un sol meridio-

dejó errar en torno suyo una mirada vaga é indecisa.

- ¡Silvia! ¡Silvia! - repitió el viajero; - vuelve en tí, nada temas; estoy yo aquí, á tu lado. Los dioses me han

nal. Por la expresión vengativa, armonizaba aquel rostro con el de las demás mujeres; por su candidez de vestal, era una nota discordante.

La recién llegada impuso admiración á las mujeres y sedujo los ojos de los hombres.

- ¿Ella?... ¿ella aquí?... - exclamó, sin poderse contener, el oculto viajero.

Cautiva la atención de todos por la neófitia, ni oyeron las exclamaciones ni el crujido de las ramas tronchadas por el joven para ver mejor.

Un hombre en el último tercio de su vida, de canosa barba, sacerdote, al parecer, de aquella extraña multitud, se adelantó hasta la joven, la contempló con ojos de codicia, y permaneció inmóvil ante ella, mientras á coro, y levantando en alto las copas, entonó aquella ebria muchedumbre:

¡Con el címbalo el címbalo vibre!
Sólo Baco al mortal hace libre:
¡bebamos, bebamos de Baco en honor!
Ya la luna se oculta en el cielo:
que la virgen con báquico anhelo,
deponga ante el ara primicias de amor.

Al expirar la última nota de la canción báquica, aquel hombre extiende el brazo hacia la joven para asirla... Ella se echa rápidamente atrás...

Resuena un grito, y aquel hombre rueda por tierra atravesado el corazón.

Mortal palidez cubre el rostro de la joven, vacila, y cae privada de sentido.

El viajero, despidiendo rayos de su mirada, oprime aun en la convulsa diestra su espada tinta en sangre.

El ejército de Baco huye en tropel y desaparece.

II

El viajero tomó en sus brazos á la joven, y la trasladó hasta un lugar allí próximo, en donde, por la interposición de una pequeña eminencia, no pudiese al volver en sí contemplar el repugnante espectáculo de un hombre muerto y bañado en su propia sangre. Iba ya á depositar su preciosa carga sobre la verde alfombra de yerba, cuando del pecho de la joven se escapó un hondo y entrecortado suspiro.

- ¡Silvia! ¡Silvia! - pronunció el viajero con acento apasionado, mientras contemplaba con ansiedad indescriptible el pálido semblante de aquella mujer.

Entreabrió la joven sus párpados y



Soberbia y humildad, copia de una acuarela



MUERTE DE CLEOPATRA, dibujo á la pluma

concedido el más alto favor que concederme podían; ellos me hicieron llegar a tiempo de impedir que esas gentes impuras profanasen tu inocencia.

La joven había recobrado el pleno uso de sus sentidos. Al contemplarse entre los brazos del viajero, su rostro se tiñó de vivísimo carmín, é irguiéndose con rapidez, se desprendió suavemente de los lazos que la aprisionaban.

El, por su parte, no hizo esfuerzo alguno para retenerla, y ambos quedaron enfrente uno del otro, contemplándose mutuamente. Ella fué la primera en romper el silencio.

— Te debo un reconocimiento eterno, — dijo con voz cuya emoción pretendía en vano disimular. — Te conozco hace algún tiempo, aunque ignoro tu nombre. Seas quien fueres, yo te juro por los sagrados manes de mi familia, que tu recuerdo no se borrará jamás de mi memoria.

— Pero ¿acaso no hemos de volver a vernos? ¡Silvia! ¿por qué me has hecho el más desgraciado de los hombres? ¿Porqué has huído de Roma?

— Por motivos muy poderosos...

— ¡Si supieras! — prosiguió el joven; — no he dejado de ir una sola tarde a la colina donde te ví por la primera vez, donde tantas otras veces solía encontrarte. Pero ¡ay! que en vano recorro desde hace mucho tiempo aquellos sitios, para mí los más queridos de la tierra.

— Joven, — replicó Silvia con acento que pretendía revestirse de gravedad; — ¿porqué no atiendes mis consejos? No sé quién eres, repito, pero tu aspecto me da desde luego a conocer que ocupas una elevada posición en el patriciado romano. ¿Porqué has de haberte fijado en mí, en una pobre muchacha que no puede en modo alguno satisfacer las exigencias de tu condición? Créeme, créeme, desiste de tu pasión insensata, olvídate.

— ¡Olvidarte!... ¡dile al sol que se detenga!

— Pues es necesario que me olvides.

— ¡Nunca!!

— Y que nos separemos inmediatamente.

— ¿Ahora...

— En el acto.

— ¿Porqué estabas en este sitio? ¿cómo has conocido a esa gente?

— Algún día lo sabrás.

— ¿Luego nos veremos?

— Nos veremos.

— Pero... ¿porqué has venido a este sitio? ¿porqué estabas con esa gente?

Hubo un momento de silencio.

— Me haces mucho daño dudando de mí. Ni esa luna que allá se levanta es más pura que yo... — Y el labio inferior de Silvia se contrajo con soberana altivez. La so-

berbia de su apostura revelaba a una diosa.

— ¡No! ¡no! — se apresuró a exclamar con arrebatado el joven; — yo no he dudado, yo no dudo, yo no dudaré nunca de tí. El virginal pudor de tu mirada no puede mentir: lo he sorprendido muchas veces.

— Gracias, — respondió Silvia; — me has hecho mucho bien. Tu recuerdo no se borrará jamás de mi memoria. Adiós.

— Pero, ¿te vas?

— Patricio de Roma, si deseas volver a verme, déjame marchar y no me sigas, — dijo Silvia con voz de seducción inefable.

— ¡Volver a verte! ¿y dónde?... ¿cuándo?...

La joven, después de mirar a una y otra parte, como temerosa de que alguien pudiera escucharla, se inclinó hasta rozar con sus labios los oídos del joven, y murmuró algunas palabras en tono tan bajo, que sólo de él pudieron ser oídas. Después le dijo en voz alta:

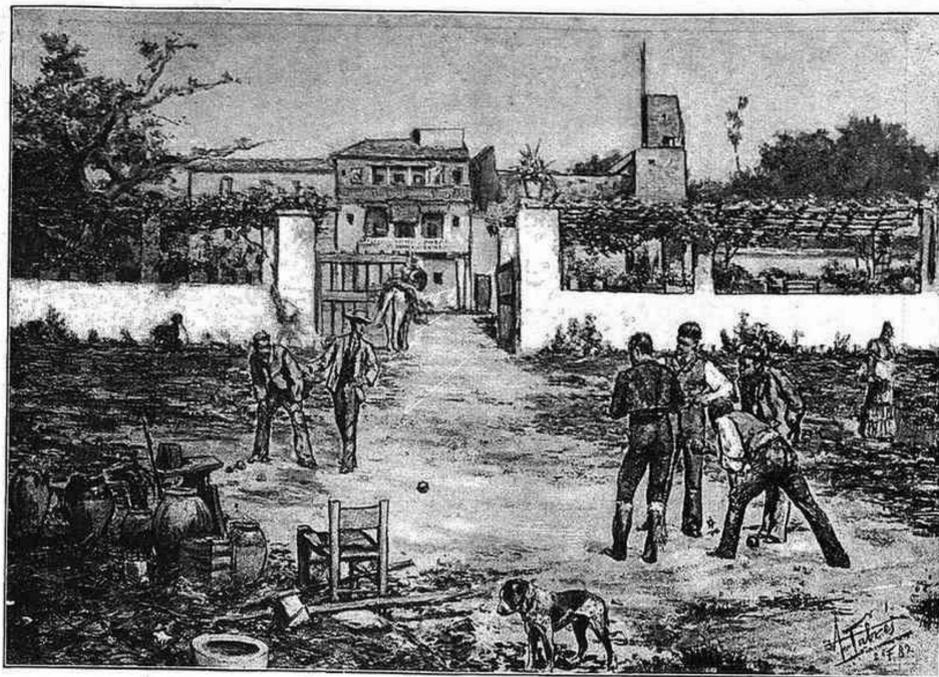
— Silvia no miente ni ofrece nunca en vano. Confía en mi promesa. Y se alejó sin otra despedida.

El viajero, inmóvil como una estatua y pálido como la muerte, la siguió con los ojos, hasta que la vió desaparecer en una quebrada del sinuoso sendero.

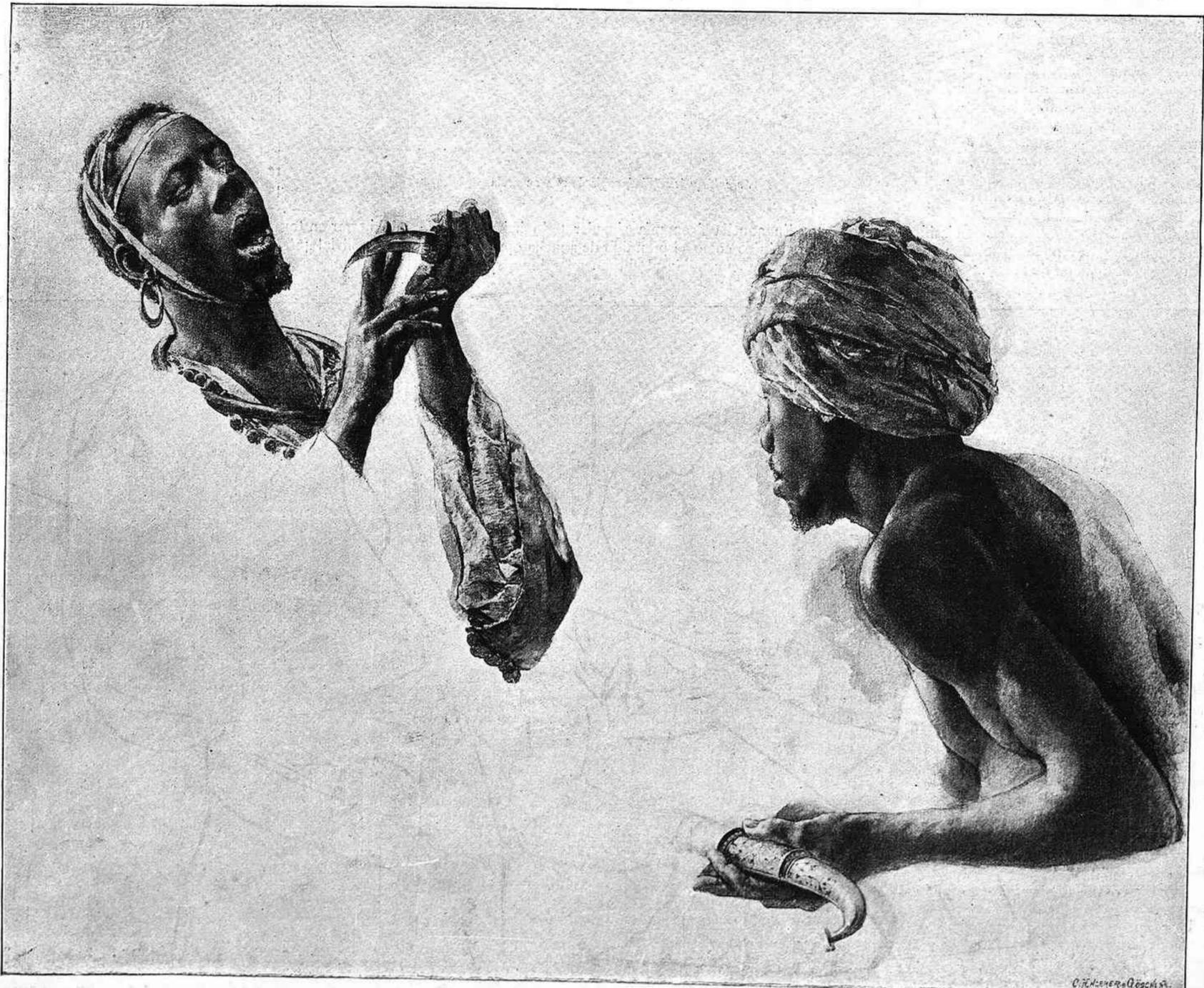
III

Mientras unas esclavas preparaban los aceites y las esencias, ocupábanse otras en llenar de agua tibia el baño.

Hispala Yecenia, honor y envidia de las cortesanas de Roma, aun más que por su lujo fastuoso, por su deslumbrante hermosura, entraba y salía en la sala de baño, con visibles señales de impaciencia. Aguardaba a su liberta Dánae. Más de una esclava había ido repetidas veces hasta el vestíbulo, con la orden de avisar inmediatamente a su señora la llegada de la liberta.



Juego de bolos, copia de una acuarela



EL VENDEDOR DE GUMÍAS, figuras sin terminar del cuadro «Un día de mercado»

C. J. M. G. R. A. G. S. C. H. A.

El baño estaba listo. Híspala, cada vez más impaciente por la tardanza de Dánae, hizo saltar con rabia los broches de oro que cerraban su rica túnica de Mileto, de la que se desembarazó en un instante. Aquellas esculturales formas habrían sido la desesperación de Praxíteles. Híspala se sumergió al fin en el agua cristalina de su magnífico baño de pórfido. Extendióse muellemente; entornáronse con voluptuosidad sus párpados; un hondo y prolongado suspiro hizo elevarse y deprimirse su turgente seno de un blanco más puro que la nieve, y su respiración dejó de ser fatigosa para hacerse regular y acompañada.

Aquel estado de tranquilidad duró muy poco tiempo. Un ligero y rápido temblor que recorrió todo el cuerpo de Híspala, hizo rizarse con leve ondulación la superficie del baño. Violentas pasiones hervían en el interior de aquel organismo. Híspala se sentó en el baño, de modo que el agua quedaba por debajo de los hombros, y se llevó ambas manos á las sienes, como para contener el dolor de una aguda punzada. Largo rato permaneció en aquella actitud, mientras, echada atrás la cabeza, dejaba vagar por el techo su mirada, en la que unas veces ardía un rayo de cólera, y otras se quedaba fija en un punto, con expresión suplicante. Incluyó después la cabeza, cubrió con las manos su rostro, y por entre los rosados dedos comenzaron á resbalarse las lágrimas, que iban á caer como perlas sobre la limpia superficie del baño.

Una esclava entró.
- Dánae, - dijo.
- Que entre.

Híspala saltó del baño, y se enjugó rápidamente los ojos.

Una de aquellas mujeres tomó una copa de bronce cincelado que contenía aceite de Mitilene perfumado con yerbas del Líbano, y humedeció con aquel bálsamo la suntuosa cabellera de Híspala, quien en instantes fué vestida por sus esclavas. Cuando le presentaron el espejo para que pudiese admirar su peinado y su túnica bordada de oro y ceñida por lazos de púrpura, se vió los párpados enrojecidos por el llanto, rechazó cólerica el espejo, y mandó retirar á todas sus mujeres.

Un momento después, Híspala y Dánae sostenían el siguiente diálogo:

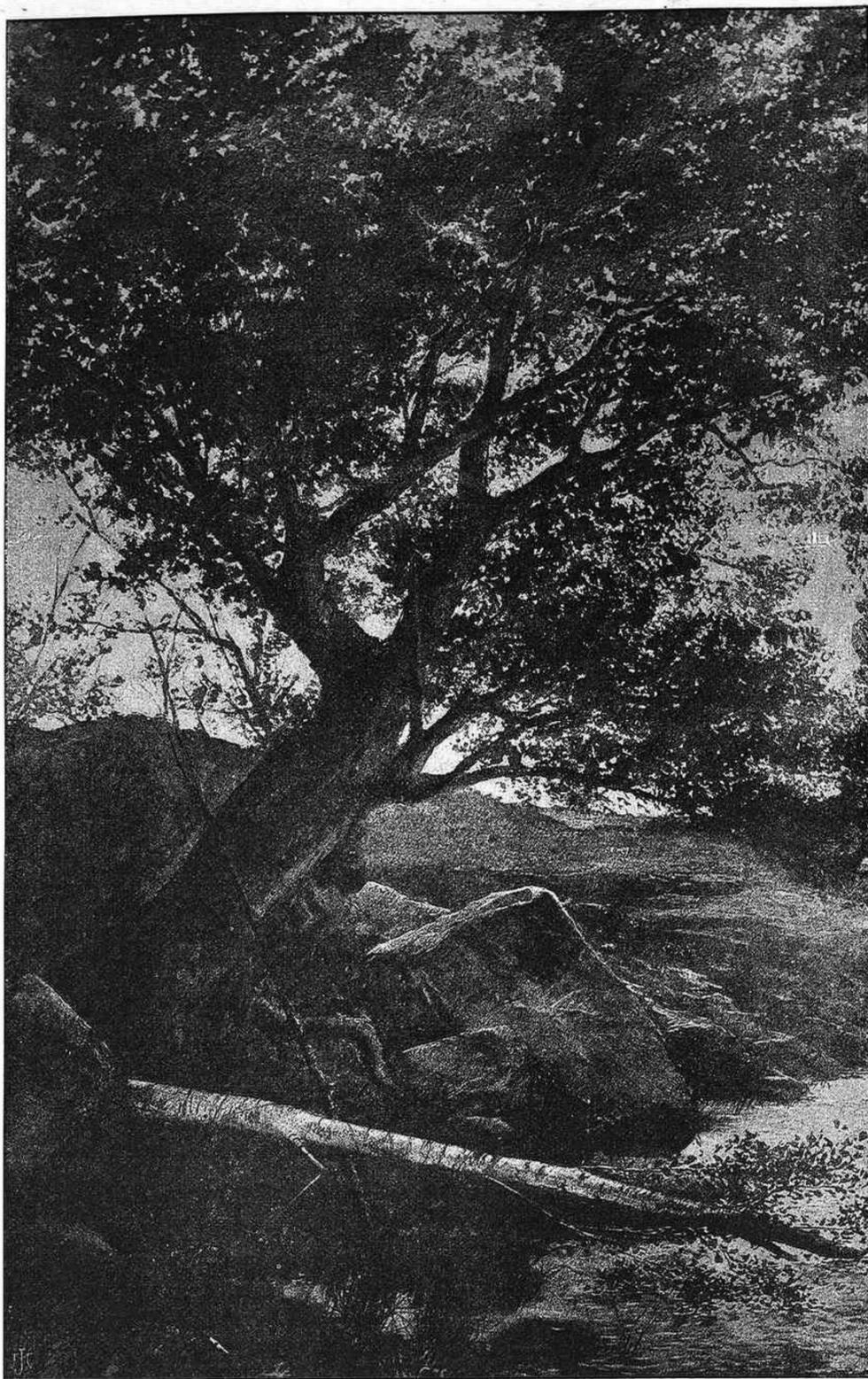
IV

- ¿Has ejecutado mis órdenes?
- Puntualmente. Silvia caerá en el lazo.
- Lo mismo me asegurabas la otra vez.
- ¿Y tuve yo culpa de lo que pasó?
- Bien; adelante.
- ¿No me expuse á ser cogida en una bacanal?
- No te expusiste á nada, porque nada tenías que temer.
- Sin embargo, - repuso Dánae; - hoy se ejerce gran rigor contra los adoradores de Baco...
- ¿Y no sabes, terca y terquísima, - interrumpió ya cólerica Híspala, - que he prestado un gran servicio á la República denunciando los secretos crímenes de las bacanales? ¿No sabes que gozo de la omnímoda confianza del Cónsul? ¿No te he repetido ya cien veces que Póstumo sabía que tú, por orden mía, habías reunido allí á aquella gente para que fuese sorprendida y cayese en poder de los lictores?
- Y así debió pasar, - se apresuró á decir Dánae; - todo habría salido á medida de tus deseos, á no ser por la inesperada aparición de Octavio en aquellos lugares.
- ¿A qué me hablas de eso? ¡maldita! ¿á qué me hablas de eso? ¿á qué me lo recuerdas? - gritó Híspala fuera de sí, crispadas las manos y lanzando á la liberta una mirada terrible.

Dánae no osaba siquiera alzar los ojos para mirar á su patrona.

Híspala continuó con exaltación creciente, mientras recorría una y otra vez con febril movilidad el reducido espacio de la habitación.

- ¿Porqué fué Octavio á Nápoles? ¿porqué fué? ¿porqué fué?... ¿qué oculto destino protege á esa Silvia á quien odio con todo mi corazón? ¿se han conjurado contra mí los dioses infernales? ¡Sí! ¡sí! ¡Ellos condujeron á Octavio



La encina, copia de una acuarela

á Nápoles! ¡ellos lo llevaron allí para que impidiese la desgracia de esa mujer aborrecida! ¡¡Maldita sea!! ¡¡maldita sea!! ¡¡maldita sea esa mujer!!

Híspala golpeaba los muebles, y hasta su propio cuerpo. La descomposición de sus facciones era espantosa; más que mujer, parecía una pantera mordiendo y procurando romper los hierros de su jaula, para tirarse sobre alguien que la hostigase en su encierro.

La sobreexcitación era demasiado grande: el colapso no se hizo aguardar mucho.

Híspala se dejó caer sobre el pavimento. Vuelta hacia tierra y apoyado el rostro en ambas manos, rompió á llorar ruidosamente.

- ¡Yo lo quiero!... ¡¡lo quiero!! ¡¡lo quiero!!! - decía amargamente en medio de su llanto. - ¡Yo no puedo vivir sin su amor! ¡es el único hombre á quien he querido en el mundo!

Largo rato permaneció Híspala en aquella actitud. A la primera explosión de dolor y de cólera, de gritos y de llanto, sucedieron sollozos y gemidos ahogados que fueron también disminuyendo. Incorporóse al fin hasta quedar sentada en el suelo; desvió á uno y otro lado sobre sus hombros los cabellos empapados en lágrimas y aplastados sobre el rostro, y sus ojos, hinchados y enrojecidos por el llanto, permanecieron durante algunos minutos fijos é inmóviles como los de una ciega. En realidad nada veían á su alrededor; miraban hacia dentro.

Los labios de Híspala se agitaron por una especie de temblor nervioso, y pronunciaron con acento gutural y extraño, muy semejante al de una persona que se halla bajo la acción de una pesadilla, y sueña en alta voz:

- Hace un año... hace un año que la conocí... Desde entonces huye de mí. No me lo dice, pero... huye de mí. Ya no tengo atractivos para él. Donde antes ardía el deseo, bosteza hoy la indiferencia y se desespera el hastío... ¡Qué feliz era yo hace un año! ¡qué orgullosa me sentía con su amor! Soñaba yo con una felicidad capaz de causar envidia á los mismos dioses... Por conseguirla una

hora nada más, habría dado todo el resto de mi vida. Nadie me ve ya en el Campo de Marte, ni soy, como en otro tiempo, la reina del circo. He sido una esclava para él. ¡Y todo inútil! ¡todo perdido!

La frente de Híspala se contrajo; arqueáronse sus cejas, y por sus ojos cruzó un rayo de cólera y de orgullo. Púsose rápidamente en pie, como impelida por un resorte.

- ¡Yo! ¡yo!... - dijo golpeándose el pecho con ambas manos; - yo, que he sido en Roma la reina del desdén, ¿de verme desdeñada? yo, que tantas fortunas, que tantos amantes he despreciado, ¿de ser objeto de desprecio? ¡Ella!... ¡ella! ¡una jovenzuela oscura y miserable!... ¡¡Ella mi rival!... ¡ella! Pero, ¿cómo, cómo ha vuelto de la proscripción?... ¿Cómo ha logrado volver del Ponto, de donde nadie vuelve?... Esa mujer está protegida por los dioses infernales... ¡Pero no importa! ¡contra todos lucharé! ¡Dánae! - gritó dirigiéndose á su liberta, que permanecía muda y sobrecogida; - ¡necesito que mi venganza sea sangrienta! Dánae, séme fiel como hasta aquí, ayúdame á realizar por completo mi venganza, y te daré tantas riquezas que serás la envidia de las mujeres de Roma. Sobre todo, silencio y astucia; mucho silencio; es necesario que Octavio jamás sospeche nada, absolutamente nada.

- Soy leal, - contestó Dánae.
- ¿Qué te pidió el augur?
- Mil sestercios.
- ¿Nada más?
- Nada más.
- ¡Necio! ese augur no sabe lo que vale una venganza. Dile que le darás diez mil sestercios.

V

El Véspero centelleaba espléndidamente, y reflejaba con trémulo rielar sobre las oscuras ondas del Tíber. El susurro de los olivos en flor, el murmullo de las aguas, los mil vagos rumores de la noche, semejaban el misterioso secreteo de las dríadas moradoras de aquellos lugares. El número de las estrellas iba aumentando, y la nocturna brisa hacía cada vez más fresca.

Dos hombres caminaban por la orilla izquierda del río.

Al otro lado de la opuesta margen, hacia Oriente, se proyectaban sobre el oscuro horizonte las siluetas de los monumentos de la ciudad eterna; hacia Occidente, podían seguir los ojos las sinuosidades del Tíber, que corría como la majestuosa línea de la Vía Apia.

- Nestor, - dijo uno de aquellos hombres, - ¿crees tú que acudirá á la cita?

- ¡Quién sabe!
- Ella me lo prometió.
- Es mujer.
- ¡Si tú la conocieras!
- Puede ser que tenga más sinceridad que pudor.
- Mentir... quizá. Pero el pudor la ha elegido por su templo.

Siguió silencio largo, apenas interrumpido por los pasos sobre las yerbas.

- Oye, Octavio, - dijo al cabo Nestor; - ¿pero no te parece un imposible que el pudor habite en el seno de quien va por los campos en compañía de los discípulos del dios Líber?

- Eso mismo pensaba yo; pero luego la ví erguirse majestuosamente; y aquella era la majestad de una diosa.
- ¡Diosa entre bacantes!...
- Tú no la viste.

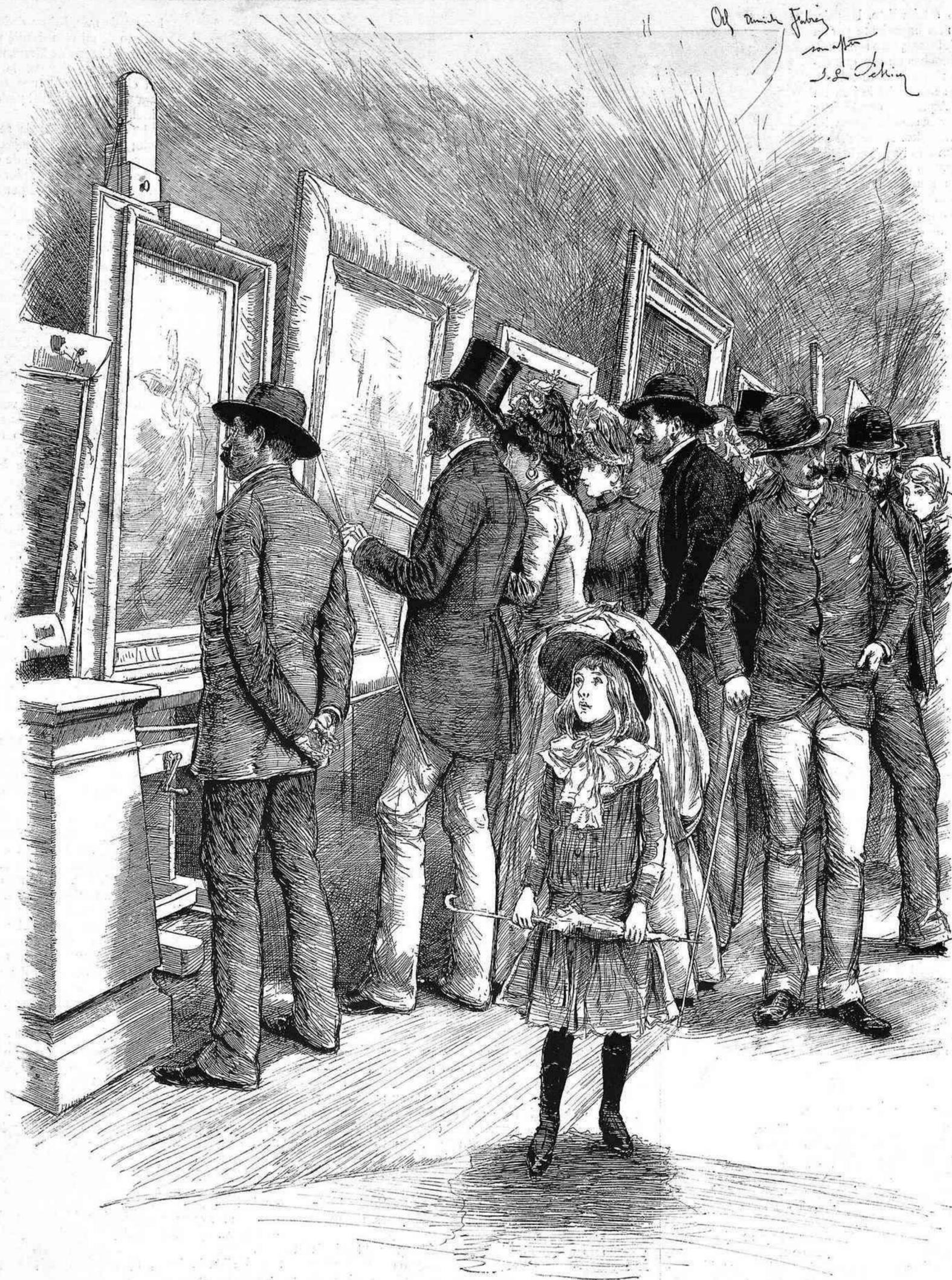
Tras brevísima pausa, Nestor dijo como hablando para sí:

- ¡Qué caprichos los del amor! Octavio, el sobrino de Póstumo, del Cónsul de Roma, enamorado de esa mujer...

- Para toda mi vida, - añadió Octavio, terminando la frase de su liberto.

- ¡Silvia, la querida de Octavio!
- No, la haré mi esposa.

Llegaban en esto á la pirámide tumularia que se alzaba sobre las márgenes del Tíber, á algunas millas de Roma. Reinaba silencio profundísimo; ni aun los pasos de Octavio ni de Nestor se oían, apagados en la blandura de la yerba.



EXPOSICIÓN DE LAS OBRAS DE ANTONIO FABRÉS, dibujo á la pluma de J. L. Pellicer

De pronto, se oyó una voz que cantaba tenuemente:

En mi pecho la cólera vibra.
De esta loca pasión hazme libre;
¡Venganza, liberta mi pecho de amor!

— ¡Silvia! — gritó Octavio.
Como respuesta, cesó el canto.
Octavio, casi con fiebre, dijo imperiosamente á Nestor:
— Aguarda; no me sigas.
El que momentos antes hablaba como amigo y confidente, obedeció sin replicar.

VI

Octavio rodeó la pirámide. En una de sus gradas y destacándose fuertemente en la oscuridad, distinguió una figura blanca, tan inmóvil, que parecía una estatua perteneciente al monumento. Octavio se aproximó.

— Aquí me tienes, — dijo Silvia; — vengo de muy lejos, al lugar y la hora prometidos. Ya lo ves: soy puntual. Tú me salvaste de un gran peligro, y te dignaste escuchar mis ruegos. Mi gratitud será eterna.

— ¡Gratitud! — murmuró Octavio con amargura.
— Siento por tí la más profunda estimación. ¿No ves como acudo á tu cita?

— ¡Gratitud!... ¡estimación! ¿Esas solas palabras tienes para mí, después de haber encendido en mi pecho un fuego que me mata?

— Jamás he querido hacerte mal.
— Silvia, — continuó el joven, — ¿es posible que siendo tú la más hermosa de las mujeres, nada ambiciones en el mundo? ¿Es posible que prefieras á la vida de la ciudad, á cuanto yo puedo ofrecerte, esa vida triste y azarosa?

— Sí, — respondió Silvia.
— Pero, ¿porqué?

— Ya te lo he dicho: tengo para ello motivos poderosos.

— ¡Motivos poderosos!...

— Sí, muchos.

— Dímelos al menos...

— Imposible.

— ¿Imposible?

— De todo punto. Me es absolutamente imposible relártelos. Además... ¿qué ganarías con saberlos? Tú eres un hijo de la ciudad, un patricio opulento... En tus orgiásticos festines, entre los vapores del vino y las caricias de tus mujeres, fácil te será olvidarme.

— ¡Nunca! ¡nunca! ¡olvidarte yo? ¡jamás! Mi amor durará tanto como mi vida.

— Estoy segura de que no pretendes engañarme; pero piensa en que puedes engañarte á tí mismo.

(Continuará)

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN